LA
MUERTE DE NERON.

TRAGEDIA

DEL AUTOR DE TIBERIO, BLANCA, LA DEVOLUCION DEL ANILLO DE BODA Y LA CONDESA VIUDA.

NUEVA EDICION.
con las notas suprimidas en la primera.

MADRID.
1866.

Esta obra no ha sido presentada al Censor de Teatros para su exámen. Si álguien cayere en la tentacion de representarla, deberá cumplir esta formalidad por sí mismo.

Imp de A. Sta. Coloma, Dos Hermanas, 19.

ADVERTENCIA.

El autor de esta tragedia contaba veintidos años cuando la escribió en el de 1855; y en ella, por consiguiente, vinieron á mostrarse con la libertad, que la juventud les concede, las cualidades del alma.

Hacía ya largo tiempo que, leyendo los últimos libros de los Anales de Tácito y las vidas de los Césares de Suetonio, había llamado su atencion poderosamente el partido, que de la muerte de Neron podía sacarse para trazar en breve cuadro la opulencia y las miserias de Roma. El autor no pretende haber conseguido su intento: sus lectores con menor trabajo podrán medir mejor que él el mérito de su obra y la grandeza de su atrevimiento.

No teme, sin embargo, la censura, por grande que pueda ser la severidad de la crítica. Dedicada á enseñar, no debe hacer sino corregir al que yerra, no puede enconarse con el que aprender únicamente pretende. Ha de hallar ciertamente el lector novedad en el estilo, libertad, que tal vez llegue á tocar en audacia, ausencia de fin moral en la obra, desproporcion é inconveniencia notables en el teatro. El que lea esta Tragedia debe considerar solamente que, al concebir su plan, no pudo nunca pensarse en que fuese representada, sino en que fuese leida.

Rígese entre nosotros la escena de diferente manera que en Grecia, en Roma y en la Italia de Nicolás Maquiavelo: y Aristófanes y Plauto no podrían presentarse ahora al público asustadizo. No hablarán pues, como ellos, los personages que en La Muerte de Neron se hallan; pero, educados en el Lacio con la instruccion que recibían de Atenas, expresarán sus sentimientos con igual franqueza que anteriormente Safo, Eurípides, Teócrito, Virgilio, Horacio y Tibulo y que Petronio á la sazon lo hacían.

No es esto decir que se ha creido posible llegar á la elegancia, á la hermosura, á la perfeccion de la forma, que muestran ellos en su poesía: pero, reflejo de los sentimientos, del lenguaje de la época, daba aquella el tipo más seguro para acercarse á la verdad histórica, no ciertamente para poder alcanzarla. Cada escritor forma el colorido local como lo forma su siglo.

Marzo de 1860.

DEDICATORIA.

Á L...

No te conocía yo aún cuando escribí estos versos ;pero, al verte en la primavera del siguiente año y al vivir contigo, hallé tal relacion entre mi pensamiento y lo que nuestras conversaciones decían , que pensé desde entonces amparar con tu nombre y protejer con tu imágen cuanto contiene mi libro. No me propongo revelarte nunca: el público no debe saber quién eres; y tú quizás adivines y agaadezcas la prueba de mi cariño.

Marzo de 1860.

Á A....

Cuando me disponía á publicar estos versos, comenzó para mí una série de viajes que ha terminado hace poco, aunque quizás para seguir en breve. Al volverte á ver durante el primero de ellos (en la primavera última) en extraña tierra, y al reanudar ó (mejor dicho) comenzar contigo unas relaciones de que brotó la amistad que guardo dentro del alma, presentí la posibilidad y adquirí despues por tus revelaciones la certeza de muchos sucesos y de situaciones al parecer imposibles, que solamente habian cohonestado hasta oirte las relaciones de los historiadores antiguos Deudor de este beneficio, yo no pudiera menos de agradecértelo, dedicándote mi tragedia, si ya no lo hubiera sido antes en mi pensamiento á un cariñoso amigo; pero seguro de que has de leerla gustoso al recibirla en el país lejano que habitas y de donde procedian los servidores más queridos de Roma en tiempos de su licencia, escribo al frente de mis versos como prueba de recuerdo la inicial de tu famoso nombre, que ojalá traiga agradable á tu memoria el mio.

Diciembre de 1860.

LA MUERTE DE NERON.

PERSONAGES.

JULIA. (1) | CÓRAX. (2)
NERON. | FAON.
ESPORO. | SOLDADOS PRETORIANOS. (3)

La accion pasa en el año 68 de J. C. en una casa de campo á cuatro millas de Roma; representándose en una sala con puertas al uno y al otro lado y una ventana en el fondo. En la escena hay un lecho á la derecha del espectador, junto al proscenio. (4)

ESCENA I.

JULIA.—CÓRAX.

JULIA. Óyeme, Córax: si el amor primero (5)
Aun en tu corazon no se ha apagado,
Cede á mis ruegos, cede, porque goces
Libre de Junio el postrimero rayo.
Hace un momento, la mirada inquieta
Tendiendo triste por el verde campo,
He visto un niño, que vencía el sueño,
De la arboleda al apacible amparo.
Es preciso que venga; sus vestidos
Rotos, su rostro de sudor bañado,
Su agitacion me dicen que le buscan.
Será algun siervo fugitivo acaso.
(Aparte.) (Carecerá de asilo; que le tenga:
No hallará lecho; el de mi esposo ingrato
Goze; y descanse en el feliz olvido,
Los riesgos, que temió, viendo alejados.)
Vé por él. ¿A qué tardas?

CÓRAX. Há dos meses,
Julia, que busco tu aposento en vano.
JULIA. Si hasta aquí con sigilo le conduces...
CÓRAX. Entonces...
JULIA. Dueño te dirá mi lábio. (6)
CÓRAX. Podré esperar...
JULIA. Si mi secreto guardas,
Quizá esta noche se abrirán mis brazos.
CÓRAX. Basta, señora; la promesa tuya
Nunca ha sido falaz para tu esclavo.
(Sale Córax por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

JULIA.

Y mañana, saliendo de mi lecho,
Cesarán para siempre tus halagos.
¡Importunas caricias! ¿Por qué un dia
Me he humillado hasta tí? ¿Por qué, vengando
La ingratitud de mi Faon, la aurora
Durmiendo juntos nos hallára á entrambos?
¡Cuán hermoso es el tierno adolescente,
Que vá á venir! ¡Cuál late apresurado
Mi corazon! Detente; espera un poco:
Me estás de gozo y de esperanza ahogando.
Ya el dulce ruido de sus pasos siento.
Él es... él es... y me extremezco tanto.
(Entran Córax y Esporo por la puerta de la izquierda.

ESCENA III.

JULIA. — CÓRAX. — ESPORO.

CÓRAX. *(Á Esporo.)* Esta es mi dueña, que á llamarte envía.
(Á Julia.) Ya le tienes aquí.
JULIA. *(Á Córax.)* Véte.
CÓRAX. *(Á Julia.)* ¿Hasta cuando?
JULIA. *(Á Córax.)* Hasta la noche, si eres fiel: si hablares,
Hoy por última vez téngote al lado.
(Sale Córax por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

JULIA.—ESPORO.

JULIA. *(Aparte.)* (¡Oh! ¡Cuán tímido es!) ¿Bajas los ojos,
Lindo niño, ante mí? Mírame ufano.
No sabes el placer, con que recibo
De tus miradas el brillante rayo.
Siéntate junto á mí... pero más cerca.
(Aparte.) (¡Delicioso rubor!.. y está temblando.)

ESPORO. Gracias te doy, Señora. ¿De qué modo
Tan cariñoso afan podré pagarlo?

JULIA. Basta tu gratitud. Llegue algun dia,
Que nazca el bien sin que produzca ingratos.

ESPORO. Nunca yo lo he de ser.

JULIA. Y áun no me has dicho
¿Por qué causa hasta aquí... por qué has llegado?
¿Cuál es tu nombre?

ESPORO. Efebo. (7)

JULIA. Otro más puro
Nunca en el alma resonó tan grato.
¡Y cuán digno de ti!... Del seno mio
Las hondas fibras, de emocion, vibraron.
¿Cuál es tu edad, Efebo?

ESPORO. Tengo ahora,
Aun no cumplidos, diez y siete años.

JULIA. ¡Hermosa edad! (De su estacion florida
¿Quién cogerá los frutos delicados?)
(Pausa.)
(Aparte.) (Son azules sus ojos, su cabello
Rubio, sus bellas formas de alabastro...
¡Con qué placer le miro, y en mis venas
Circula un tierno delicioso encanto!
Embelesada estoy.) Hermoso Efebo,
¿Dónde naciste? ¿A los tibios rayos
Del sol de Grecia, te miró el Eurotas
En sus frondosas márgenes jugando?
¿Asia opulenta fabricó tu cuna?
¿En tus ojos las ondas se copiaron,
O las nieves del Cáucaso tiñeron

Tu blanca faz de su perfil nevado?
Navegaste en las húmedas regiones
*D*e la Germania? ¿Del tranquilo Tajo
Ó del Ebro las aguas cristalinas,
Por reflejarte en ellas, se pararon? (8)

ESPORO. Soy de Corinto; en su feliz ribera (9)
Dulces corrieron mis primeros años,
Sin ocurrirme que fortuna impía
Me pudiese obligar á recordarlos.
Hace tres años, que pisé la Italia;
Y que vivo infeliz hace otro tanto.

JULIA. Tus vestidos son ricos.

ESPORO. ¿Y qué importa?
¿Compra el oro la dicha? ¿Ha sido acaso
Más venturoso, que el pastor humilde,
Del opulento el oprimido esclavo?

JULIA. ¿Y tú lo fuiste?

ESPORO. Por desgracia mia;
Sin merecerlo yo. ¿Por qué negarlo? (10)
Hijo de padres libres, otros bienes
Que luto y horfandad no me dejaron.
Cándido niño aûn, viéndome solo,
Me tomó un centurion bajo su amparo.
Por siervo suyo me admitió su nave. (11)
En Ancona despues desembarcamos:
Y en un valle de Umbría, en suave calma,
Sosegadas las horas deslizaron.
No me puedo quejar: cual hijo suyo,
Siempre me ví de todos halagado.
Mi dueño falleció: de su heredero
En la pública plaza nos compraron:
Y de un noble patricio en los festines
He servido la copa avergonzado.

JULIA. ¿Sufriste mucho?

ESPORO. Sí; mas la sonrisa
No faltaba jamás sobre mi labio.

JULIA. Todo á fuerza de vicio se consigue
En Roma, todo; libertad y fausto.
Se gana el oro por gozar placeres;
Y se ofrece el placer para ganarlo.
¿Pero eres libre?

ESPORO. Popular tumulto

Contra Augusto Neron dejo clamando.
¡Qué espantoso desórden! Vengo huyendo
De mi Señor, de todos....

JULIA. Fatigado
Vendrás, tímido Efebo.

ESPORO. Tantas horas
Mis pies sin descansar nunca marcharon.

JULIA. Ven, y recobra del propicio lecho
Las agotadas fuerzas; ven. ¿Descalzo
Has andado quizás todo el camino?

ESPORO. Rotas ya mis sandalias, junto al claro
Límpido arroyo descansé un momento;
Y las dejé, para ocultar mis pasos.

JULIA. (*Ap.*) (¡Oh! ¡quién fuera sandalia ó fuera yerba!)
Sígueme, niño: favorable y grato
Te acuda un dulce sueño; al lado tuyo,
Cual madre tierna te estaré velando.
(*Aparte.*) (Más enloquezco cuanto más le miro.
¡Oh! ¡qué feliz le estrecharé en mis brazos!)

(Julia y Esporo salen por la puerta de la derecha. Despues de un breve intérvalo, Faon y Neron entran por la de la izquierda.)

ESCENA V.

FAON.—NERON.

FAON. Ya llegamos, Neron; y en esta casa (12)
Puedes libre esperar.

NERON. Pero, si acaso...

FAON. Nada temas, Señor. Solos vinimos:
Solo tambien el aposento hallamos.

NERON. Si nos vieron entrar...

FAON. Nadie sospecha.

NERON. ¿Y el hombre aquel, que saludóme al paso? (13)

FAON. No me conoce á mí: y aunque eso fuese,
Él iba á pié, nosotros á caballo; (14)
Y fué al salir de Roma.

NERON. ¡Noche triste!

FAON. La importuna zozobra disipando,
Duerme, Neron.

NERON. Si reposar consigo.

FAON. Gozen tus miembros de quietud un rato.
Irán la soledad y este silencio
Poco á poco tus párpados cerrando.
(Faon sale por la puerta de la izquierda.

ESCENA VI.

NERON.

Ya estoy seguro: de la humilde casa
De un compañero fiel bajo el amparo.
Jamás hollé tan pobre pavimento;
Pero nunca tan libre me he juzgado.
¿Tan modesta es acaso la ventura,
Nuestras mansiones aborrece tanto,
Que va en busca de míseros albergues,
De consuelo y de paz para llenarlos?
¿Quién ha podido como yo, del vulgo
Los inexpertos ojos deslumbrando,
Obligarle á envidiar la inmensa dicha,
Que hallarse debe con el régio fausto?
¡Qué de frentes serenas, de una sombra,
Presentándome yo, no se turbaron!
¡Qué de ardientes miradas en el suelo
Iba haciendo fijar ante mi paso!
Ya que llenase los antiguos troges
De la dorada mies, ya que del canto
Rey me aclamasen, por la voz divina,
Que el mismo Apolo á mi garganta ha dado;
Ya del destino, de la infanda muerte
Fuese un rastro de víctimas dejando:
Siempre tuve de Roma veleidosa
La alabanza segura. (15) De mi carro
A las ruedas ebúrneas, todo el pueblo
Mi gloria y mi poder iba ensalzando.
Era débil el viento á tanto grito:
Mi cabeza pequeña á tanto lauro.
Los persas fieros contempló mi córte,
Con vivo traje en el tropel mezclados;
Y del rubio frison la cabellera
Sobre los hombros, sin peinar, flotando.

La hermosa Acaya me ciñó coronas;
Y Epiro fértil me prestó caballos;
Y Atenas sábia vaciló algun tiempo,
Conmigo al grande Homero comparando. (16)
En triste grupo la amplitud del circo
Los cristianos indómitos llenaron;
Los gladiadores trémulos en tierra
Una rodilla, al suplicar, doblando.
Ya de las fieras al bramido horrendo
Los mismos circunstantes se aterraron,
Ya del histrion la sin igual molicie
Del pecho suyo la inquietud borrando.
¿Quién logró más que yo? Del negro incendio
Las rojas llamas la ciudad y el campo
Y los altos alcázares, las torres,
Los magestuosos árboles quemando.
¡Cuánto grito de horror! Fúnebres sombras
En el claro horizonte se pintaron:
Y el torvo hierro por dó quier lucía;
Y en grave peso descendió el palacio.
Asi de Troya en la fecunda hoguera
Las centellas de Roma chispearon. (17)
Allí Eneas halló para mi gloria
La luz primera: de su humilde rayo
Procede el resplandor que me circunda,
Con su fuego á la tierra amenazando.
Tal mi grandeza fué; tal mi desgracia.
Desde la cumbre del imperio caigo.
¿ Y ha de olvidarme el populacho humilde,
El que hasta el crímen arrastró mi mano,
El que es felíz, si sus groseros vicios (18)
Logra en su dueño omnipotente hallarlos?
Cuando mi madre... Su fatal recuerdo
Apartemos de mí. Cuando de Claudio
Quedó vacante la envidiada herencia,
À su trono las tropas me llamaron;
Y no obstante, en Británico tenian....
En Británico, sí... ¿Por qué nombrarlo?
¡Pobre y mísero niño! Tus derechos
Con la pérfida intriga conculcando,
Fuiste á la tumba. Lo exigió sin duda
Tu bien y el mio. Al educarte, osaron
Decirte que eras sucesor de Augusto.

Yo tambien: á tu hermana estrechos lazos
Me unian por entonces. ¿Quién pudiera
Disputarme el imperio? ¿No era acaso
El marido de Octavia?... ¡Triste nombre! (19)
Me van todas mis víctimas cercando.
¡Que en sereno reposo nunca pueda
Evocar mis recuerdos, sin que vagos
Lúgubres vengan á turbarme luego
Vengadores fantasmas! De Lucano
La madre pide su cobarde hijo.
Solloza Roma por Polion y Plauto.
Con el semblante pálido, la esposa
Me presenta un cadáver desangrado;
Y me dice con ceño: «Soy Paulina.
Séneca aquel, á quien llamastes ayo.»
La modestia de Tráseas me confunde;
Y la firmeza del valiente esclavo
De Sagita; el silencio de Epicáris; (20)
Y la audaz reprension de Subrio Flavio. .
«Yo comencé» me dijo «á aborrecerte
Desde el momento que te vi incendiario,
Parricida, de Octavia el asesino...
Y la afrenta de Roma. Tu reinado
Solo un término alcanza; y es la muerte.
Por fortuna tal vez está cercano.» (21)
Dijiste; y al sufrir en el tormento,
Sordos los Dioses para tí faltaron.

(Pausa.)

Si no fuese verdad!... Si mis temores,
Si mi amarga inquietud fueran en vano!...
Si recobrase mi poder!... No esperes
Habitar otra vez en tu palacio,
Desgraciado Neron; porque el destino
Contra tí furibundo se ha tornado.
Cuando escoge un mortal, de tristes dones
Implacable, tenaz le va abrumando.
Sublevada la Galia, ya rebeldes (22)
En entrambas Españas mis soldados,
Agitándose Oriente, las legiones
En Germania acampadas vacilando,
Italia misma por la vez postrera
Muerde quizás de su Señor la mano.

(Pausa.)

¡Cuántas veces, ya fuera de los muros,
Me escuché maldecir! Los que encontramos
Dispersos, todos afrentosa muerte
Me estaban sin cesar profetizando. (23)
Pero ya libre estoy... Apenas calme
El primer movimiento, del Senado
Lograr espero en las lejanas islas (24)
Algun rincon para gozar en salvo.
Todavía soy rico... Mis tesoros
Solo en el mundo yo puedo buscarlos;
Y pasar entre lúbricos placeres,
Juegos y paz los venideros años.
(Recostándose en el lecho, á la derecha del espectador.)
¡Perspectiva dichosa! ¡Cuál se rinden
Ya mis débiles miembros al cansancio!
Reposemos por fin... Sígueme, Esporo...
Llueve en las calles, y mi lecho es blando...
Ya se extingue la luz... Actea... Julia... (25)
Ceñid mi cuello con los suaves brazos.!
(Neron se queda dormido. Julia entra por la puerta de la derecha, sin reparar en el César.)

ESCENA VII.

NERON.—JULIA.

JULIA. Se ha quedado dormido. Su albo seno
Ya palpita más lento y sosegado.
Si sus ojos azules embelesan,
¿Quién resistiera al misterioso encanto,
Que se trasluce bajo el velo suave
De sus hermosos párpados cerrados?
¡Qué feliz me senté junto á su lecho
Y aspiré el dulce aroma de su lábio,
En tierno beso celestial delicia
Para cien siglos de vivir llevando!
Quiero solo dejarle. No pudiera
Contenerme... y quizás (¡le adoro tanto!)
Interrumpiera su tranquilo sueño,
Conmigo misma de mi amor hablando.
(Julia, al llegar al centro de la escena, repara en Neron.)

Pero un hombre hay allí... ¿Si me habrá oido?
¿Si es algun siervo de mi esposo?.. Vamos
A preparar su fuga... Mas primero
(Se dirige á la puerta de la derecha; y despues retrocede.)
Es preciso saber si me ha escuchado.
Tambien descansa... ó el reposo finge.
Acerquémonos más... No: no me engaño.
Este es aquel infame, que una noche
De las calendas últimas de Mayo
Junto al foro me halló, quien al oscuro
Arrabal me arrastró, quien afrentando
La santidad de la matrona... (26) El mismo.
Si; no cabe dudar. ¿Quién me le trajo?
Es preciso arrojarle: su presencia
Es para mí un peligro... ¿Y áun dudando,
Julia, estarás?... Despiértale... Atrevido:
¿Ni áun mi hogar para tí se halla vedado?
¿Quién te condujo á este aposento?

NERON. *(Despertando.)* ¡Guardias!
Perdon, perdon...

JULIA. Le alcanzarás, si al campo
Sales en el instante.

NERON. *(Aparte.)* (Ya sosiego.
¿Quién será esta muger?)

JULIA. ¿No te ha bastado
Sofocar de la víctima el gemido?
Necesitas su honor para afrentarlo.

NERON. Pero díme tu nombre.

JULIA. ¿Y áun lo exiges?
¿No lo recuerdas? Obedece: mando
Que á la esposa infeliz dejes tranquila.

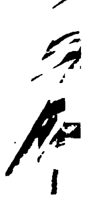
NERON. Me alejaré; no temas. Mas, si acaso
Mora en el alma tuya algunas veces
La piedad, que es debida al desgraciado,
No me abandones; sálvame, te ruego.
Por todas partes me estarán buscando.
(Córax se presenta en la puerta de la izquierda: y se detiene, recatándose.)

ESCENA VIII.

NERON.—JULIA.—CÓRAX.

JULIA. Algun crímen sin duda.

NERON. ¿Quién te dijo?
¿Me conoces tal vez?
JULIA. ¿Ya has olvidado
Donde me vistes por la vez primera?
CÓRAX. (Córax, escucha) *(Aparte.)*
JULIA. Voy á recordarlo
Otra vez con dolor; tíñese el rostro,
Cuando revela su vergüenza el labio.
Hace un mes que, una noche tempestuosa
Por las calles de Roma atravesando,
Dispersaste mis siervos, mis gemidos
Sofocar alcanzastes; y en tus brazos
Loca de indignacion, trémuia, inquieta,
Y no sé si de rábia sollozando,
Me llevaste contigo... ¿Qué respondes?
NERON. *(Aparte.)* (No recuerdo mi crímen: son ya tantos...)
(Postrándose.) Yo fuí, señora: y á tus pies rendido,
Si merece perdon quien ha atentado
Á tu casto pudor, tan solamente
Vuelve los ojos al que está implorando.
Yo fuí rico, ó matrona: yo tenía
Tierras, tesoros, como tú, y esclavos...
Y me ofrezco por tal. Sin duda alguna
Tendrás algun amor. ¡Tambien yo he amado:
Y no conservo en mi infortunio triste
Quien tienda al pobre compasiva mano.
Los reveses, que otorga la fortuna,
Quizás me vieron ascender muy alto;
Pues todos juntos sobre mí cayeron.
JULIA. Lástima tengo á tu infeliz estado:
Y te otorgo perdon.
NERON. Gracias.
JULIA. Al punto
Dejarás esta cámara. Del baño
Junto á las piezas hallarás abrigo. (27)
(Aparte.) (Allí duermen á veces mis esclavos.)
Córax.
(Entra Córax por la puerta, desde la cual escuchaba.)
CÓRAX. ¿Qué mandas?
JULIA. Tomarás la llave
Del perístilo; y de la estufa al lado (28)
Á este hombre aloja.



NERON. ¿Me conservas ódio?
JULIA. No te he visto jamás.
CÓRAX. Sígueme.
NERON. Vamos.
(Salen Córax y Neron por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IX.

JULIA.

Voy á verle otra vez. ¡Ojalá siga
Con quietud agradable reposando!
¡Si pudiera pasar bajo su cuello,
Por sostenerle, el vacilante brazo!
¡Cuánto tiempo hace ya que no le miro!
¡Es tan dulce en amor ir deslizando!...
Pero él viene hácia aquí. Voy á abrazarle...
No me descubras, corazon: despacio.
(Entra Esporo por la puerta de la derecha.)

ESCENA X.

JULIA.—ESPORO.

JULIA. ¿Despierto ya?
ESPORO. Con repentino golpe
Las ventanas abriéndose, chocaron;
Y entró por ellas el furioso viento.
Ya está en redor la tempestad bramando.
JULIA. ¿La temes mucho?
ESPORO. Ante mis pies, señora,
He visto hundirse el fulminante rayo.
¡Cuán ligeras se forman las tormentas
En el límpido cielo del verano!
Esta mañana con ardiente fuego
Todo el fúlgido sol lo iba abrasando;
Y ya le esconde en su tiniebla oscura
El que produjo tronador nublado.
JULIA. Ven, no tiembles, Efebo. ¿Quién osára
Acercártese á ti bajo mi amparo?
Deja que zumbe el huracan terrible:
Tú tienes ya mis cariñosos brazos.
ESPORO. Pronto la lluvia bajará á torrentes.
JULIA. Ya encontrastes un techo hospitalario.
ESPORO. El aquilon desgajará las ramas.

JULIA. Dará verdor y juventud al campo.
ESPORO. Crecerán los arroyos.
JULIA. En las hojas
Las gotas de agua quedarán brillando.
ESPORO. Cenagoso el camino...
JULIA. ¿Qué te inquieta?
Tambien el césped brotará lozano.
Ven más cerca de mí, nada receles.
(Reclinándose en el lecho con Esporo.)
Deja romper á la borrasca: grato
Es solazarse en inocentes juegos,
Mientras bajan los árboles rodando.
Aqui tendremos, en segura calma,
Bastante tiempo, en que poder hablarnos;
En que mis ojos de su hechizo beban,
Tu hermoso rostro sin cesar mirando.
ESPORO. (*Aparte.*) (¡Cuál se turban mis ojos! No me atrevo
En su presencia, de rubor, á alzarlos.)
JULIA. Ya se tiñe de rosa tu semblante;
Besarle anhela estremecido el labio.
Tal vá la abeja con susurro inquieto
El seno oculto de la flor buscando.
Cuéntame, Efebo, tu primer latido
De amor, si alguna vez, niño, has amado.
Díme: ¿del bosque á la propicia sombra,
Nunca una ninfa te estrechó en sus brazos?
¿Las verdes hojas de placer gimieron:
La fuente luego te arrulló cansado,
Y tu pálida faz sus claras ondas
Llenas de envidia, al despertar, copiaron?
¿Nada de eso aprendistes, nada de eso,
Que alegre deja el corazon temblando?
Es preciso que yo te lo revele;
Si tal ventura me concede el hado.
Te quiero, Efebo: y ¿tú?
ESPORO. Tambien, Señora.
JULIA. Llámame Julia: como yo te hablo
Háblame tú.
ESPORO. (*Aparte.*) (Como Neron me mira.
Nunca ví una muger en tal estado.)
JULIA. (Es preciso animarle: me parece (*Aparte.*)
Más candoroso cuanto más reparo.)

¿Callas, Efebo? La vergüenza inútil
Abandona... Te apartas de mi lado.
Por qué dejarme, si abrazarte ansío?
Ven: y posa tu frente en mi regazo.
Que tu suave mejilla al dulce beso
Sienta yo palpitar bajo mi labio.

ESPORO. Julia, no puede ser.

JULIA. ¿Por qué me esquivas,
Niño; ¿por qué de mis amantes brazos
Huyes? por qué; si de mi amor tuvieras
La inmensa dicha que esperaste tanto?

ESPORO. Pues lo quieres saber, yo soy Esporo.

JULIA. ¿Esporo tú?

ESPORO. Yo soy el que, afrentando
La grandeza de Roma, noche y dia
Sigo á Neron, como la esclava al amo.

JULIA. No te acerques á mí. (*Levantándose.*)

ESPORO. ¡Tambien, Señora,
Me aborreces?

JULIA. Si esquivo tu contacto,
Es porque siempre de la hermosa sierpe
Y del reptil deslumbrador me aparto.

ESPORO. ¿De mí recelas?

JULIA. En la mano amiga
El escorpion esconderá su dardo.
¿Y áun te atreves á alzar en mi presencia
Los adúlteros ojos? (29) Engañando
Con otro nombre mi cariño...

ESPORO. Julia...

JULIA. No me llames así: callate, esclavo.
¿Lloras, Esporo?... De vergüenza al menos.

ESPORO. ¿Quién te puede escuchar sino llorando?

JULIA. ¡Cómo ocultabas bajo faz tranquila!...

ESPORO. Fuí vendido á Neron de pocos años.
Roma... Ya sabes lo que en ella vive
El candor infantil... Somos esclavos,
Que viven solo de animal instinto;
Y todos pueden sin rubor ajarnos.

JULIA. Yo cual ellos sin duda...

ESPORO. Hace un momento,
Que tú lo hiciste sin piedad: y acaso
Menos culpable, que juzgaste...

JULIA. Esporo...
ESPORO. Crucé la Italia en afrentoso carro (30)
Con él; y aunque inocente, yo del crimen
La imágen soy, en que poder odiarlo.
(*Levantándose.*) No me tengas aquí, pues me aborreces.
JULIA. (*Aparte.*) (¿Aborrecerte yo?... Casi te amo.)
¿Yo arrojarte? Jamás. No ignoro, Efebo,
Que se ha abierto mi hogar á un desgraciado.
(*Entran Córax y Neron por la puerta de la izquierda*)

ESCENA XI.

JULIA.—ESPORO.—NERON.—CÓRAX.

JULIA. ¡Mas qué rumor!...
NERON. A su presencia al punto
Quiero volver. (*Aparte.*) (¡Aniversario infausto! (31)
Por todas partes mi tormento sigue.
Con mis sospechas sin cesar batallo.)
CÓRAX. (*A Neron.*) Ya la encuentras aquí. Quiere, señora,
Que le escuches á solas. (*A Julia.*)
JULIA. (*A Córax.*) Sál al campo.
Donde el sendero de la fuente cruza,
Ponte en acecho. Si llegase tardo
Mensage alguno de Faon, avisa.
CÓRAX. (*A Julia.* Julia: la noche tenderá su manto.
Me has prometido tu amoroso lecho;
Y estos siervos se quedan á tu lado.
JULIA. (*A Córax.*¿ Quién derecho te dió para quejarte?
¿A tu dueña te atreves? ¡Insensato!...
¿No ves que puedo sepultar contigo
El innoble desliz que has recordado?
Obedéceme, Córax.
CÓRAX. (*A Julia.*) Ya comprendo
Que te sirvo de estorbo. Soy tu esclavo:
Dispon; ordena; mi existencia es tuya.
(*Aparte.*) (Pero sé que es Neron, y está espulsado;
Que este es un siervo fugitivo. (32) Córax,
La delacion encontrará su pago.)
(*Sale Córax por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XII.

JULIA.—ESPORO.—NERON.

NERON. (*A Esporo.*) ¿Tú tambien por aquí?
ESPORO. (*A Neron.*) Calla ó te pierdes.
JULIA. (*A Esporo.*)
Dime, Efebo, quién es. Tú te has turbado.
ESPORO. (*A Julia.*) Yo, señora, ¿por qué?...
JULIA. (*A Esporo.*) No me lo ocultes.
Tú le conoces.
ESPORO. (*Aparte.*) (Persiguióme tanto...
Mas no debo decir...) (*A Julia.*) Es un amigo (33)
De César.
JULIA. (*Aparte.*) (Córax se marchó enojado.
Voy á buscarle: por Esporo tiemblo.
Tendré por él que rebajarme al cabo.)
Adios. (A *Esporo.*) Vuelvo al momento.
NERON. (*A Julia.*) Mas Señora....
JULIA. Ya hablaremos despues.
ESPORO. Julia.
JULIA. Cuidado.
Solos os dejo: (*A Neron*) Por tu bien, silencio.
(*A Esporo.*) Seguro estás bajo mi tierno amparo.
(*Sale Julia por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XIII.

ESPORO.—NERON.

ESPORO. Gracias al cielo que te encuentro libre.
NERON. (*Aparte.*) (Ya no estoy solo aquí.)
ESPORO. ¿Quién te ha salvado?
¿Quién te pudo sacar de entre las turbas?
Nunca vi tan mudable el populacho.
NERON. Compasivo Faon, me abrió su casa.
ESPORO. ¿Esta es quizás?
NERON. En ella nos hallamos.
ESPORO. ¿Julia será su esposa?
NERON. Lo sospecho.

ESPORO. ¿Pero no te conoce?

NERON. Me ha contado

Una aventura suya; y me parece
Que es la segunda vez que nos hablamos.
¡Ojalá no viniera nunca, Esporo,
A albergarme dó estoy! Aposentado
En triste albergue me dejó: rendido,
Pretendí reposar. Lo espero en vano.
Otra vez en tropel al pensamiento
Mis odiados fantasmas se acercaron.
No te puedo decir cuál fué mi pena.
Me estaba, Esporo, de temor ahogando:
Y quise, abriendo la ventana, un punto
Gozar del aire; que anhelaba espacio.
Si no lo hiciera... La veloz tormenta
Se estaba entonces sobre mi formando.
Trueno espantoso retumbó en mi oido:
Los relámpagos todo lo alumbraron;
Y á su fulgor la inmensidad del valle,
Los altísimos montes circundando
Su verde seno, los objetos todos
Se presentaron lívidos, bañados
En la dudosa claridad, que presta
La torva lumbre que despide el rayo,
Cárdeno el rio, pareció á mis ojos
Un torrente de sangre: reluchando
Contra el empuje del furioso viento,
Sollozaron los árboles; cercano
Sordo rumor que pavoroso hiende
La quietud de la cámara, rodando
La tempestad sobre las pardas nubes,
La centella luciendo, recordaron
El fragor del incendio, el estallido
De las techumbres al venirse abajo.
Si algun arbusto, que dobló la lluvia,
Levantaba sus ramas, sospechando (34)
Que fuera un hombre, del cobarde pecho
No podia calmar el sobresalto.
La ventana cerré, junto á una mesa
Me senté sin color: bajo mi mano
Hallé un volúmen... le extendí... Petronio... (35)
Le habrás visto sin duda. Avergonzado
Me quedé por el pronto: mas venciendo



Mi mezquina bajeza, aquel esclavo
Busqué; y vengo á saber si es que lo puso
Esa muger por afrentarme acaso.

ESPORO. ¡Mísera tarde! La implacable suerte
No se quiere cansar de amenazarnos.
Ya cesó de llover; ya calma el viento.
Puede ser que despeje ese nublado.
¡Qué cubierto está el cielo!

NERON. Si lográra
Yo la perdida paz... si abandonando
Esa sombra de imperio, que en mí tiemblan,
Me dejáran marchar... (36) Apoderado
De mis grandes tesoros, (de mi imperio
En los primeros y felices años
Junté riquezas) la existencia mia
Será feliz de tu existencia al lado.

ESPORO. Hoy un muro de bronce se levanta
Entre los dos, mi posicion fijando.
Soy tu amigo no más. Si voy siguiendo
Por todas partes tu culpable paso,
Es la desgracia quien nos une solo.
Tus derechos perdistes al usarlos.
Nuestro comun destino es la vergüenza.
Lo dispusieron, al nacer, los astros. (37)

NERON. Siervo ó amigo, me tendrás dichoso
Donde estés... ¡Qué felices deslizaron
De tu infancia los dias! No tuviste
Al ambicioso Séneca por ayo: (38)
No apuraste de pérfidos consejos
La profunda maldad: en sus abrazos
Te dió tu madre su feliz cariño, (39)
Sin inducirte á conspirar su lábio.
Cual corza libre, bajo verde sombra
Con iguales á tí siempre jugando,
No concebiste que extendiese el mundo
Por otras partes su fecundo manto.
En humilde mansion ahora vivieras;
Y, una esposa dulcísima esperando (40)
Tu vuelta, el sol en magestad muriendo
Vieras feliz, al trabajar tu campo.
Padre de cinco hijos, fallecieras (41)
De años ciento, de nietos circundado;
Con faz tranquila la temible barca

Y el temible barquero contemplando. (42)
Todo lo pierdes por haberme visto.
Doy mi sino fatal á cuantos amo.

ESPORO. No te cuides de mí: yo te disculpo.
No son tuyos tus vicios: los romanos
Los adquirieron de vencidos pueblos;
Y en caso de faltar, los engendraron. (43)
Los que midieron las acciones suyas
Por los impulsos de tu pecho varios,
Los que á tu osada juventud sin freno
Libre rindieron reverente aplauso,
Esos del peso de tus graves culpas
Se verán en el Tártaro abrumados. (44)

NERON. ¡Qué consuelo tan dulce es tu palabra!
Jamás, Esporo, te juzgué tan sábio. (45)
¡Qué juicioso á tu edad! Aunque el postrero,
Deja te enlace en cariñoso abrazo.

ESPORO. Te lo concedo fraternal. (*Se abrazan.*)

NERON. (*Enternecido.*) Esporo!...

ESPORO. Ya olvidé para siempre tus agravios.
(*Entra Julia por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XIV.

ESPORO.—NERON.—JULIA.

ESPORO. (*Aparte.*) Ella acude, Neron; que no te vea
Conmigo en franca intimidad hablando.

JULIA. (*Aparte.*) (No está en la senda, que á la fuente guia.
Será su objeto delatarle acaso.
De ello es Córax capaz... Si yo pudiera
Facilitar su fuga... Ese malvado
Es quien me estorba. En mi aposento á Efebo
Sin deshonra ¡ay de mí! puedo ocultarlo.)

ESPORO. (*Á Neron.*) ¡Qué agitada parece! Todavía
No te ha visto. Detente... Si es que salvo
Quieres mirar de la cercana aurora
Los purpurinos y fecundos rayos.
No le digas quien eres. (Si supiera (*Aparte.*)
Que este es Neron y que escapando vamos...)
Señora... (*A Julia.*)

JULIA. (*A Efebo.*) Efebo...

ESPORO. (*A Julia.*) Gracias por el nombre,
Con que me sigue tu bondad llamando.
¿Por qué se nubla de tristeza ahora,
Julia, tu frente?

JULIA. (*A Efebo.*) Porque estás cercado
De peligros, Efebo; yo te adoro;
Y yo debo ocuparme en ahuyentarlos.
(*Esporo le va á interrumpir; y ella le detiene.*)
No me agradezcas nada: eres un hijo
Que huyó de casa y entre vicios hallo.
Es salvarte deber... Pero á ese hombre
Tenemos que alejar.

ESPORO. (*Á Julia.*) Es desgraciado.

JULIA. (*A Efebo.*) Sí; mas solo piedad el pecho mio
Para uno tiene; y para tí la guardo.
Díle que salga de mi casa al punto.

ESPORO. (*A Julia.*) Nunca, Julia.

JULIA. (*A Efebo.*) Yo entonces...

NERON. (*Aparte.*) (Siento pasos.
Solo... y vuelvo á temblar.) Tu siervo llega. (*A Julia.*)

JULIA. (*Aparte.*) (Córax... No es tiempo ya. Dáme tu amparo,
Isis divina, protectora mia.) (46)
(*Entra Córax por la puerta de la izquierda y deja junto á ella una antorcha.*)

ESCENA XV.

ESPORO.—NERON.—JULIA.—CÓRAX.

CÓRAX. Supe, Señora, que me vas buscando.

JULIA. ¿Dónde estuviste?

CÓRAX. En la mansion cercana
Del pretorio asesor Cornelio Laco. (47)

JULIA. ¿Mas por qué fuiste allí?

CÓRAX. Porque se ocultan
Donde mora Faon dos sentenciados.

NERON. Yo quizás...

CÓRAX. Sí, Neron. Por vez primera
Fueron justos los dioses: se apiadaron
De los que esperan en el orco umbrío

La venganza de tí; y un olvidado,
Torpe castigo, por mayor afrenta,
Para fin de tus dias destinaron. (48)

NERON. ¿Cuál es? dime.

CÓRAX. El azote hasta la muerte.
Hoy juzgó en libertad nuestro Senado.

NERON. ¡Qué horror!... Esporo, para Augusto César
Término semejante reservaron. (49)
(*Cayendo en el lecho.*)

JULIA. (*Á Esporo.*) ¿Es Neron, es verdad?

ESPORO. Si no lo fuese...
Julia, perdónale.

JULIA. Ruegas en vano.
De aquí debe salir para el suplicio.

NERON. Tambien te atreves porque estoy tan bajo.

JULIA. ¿Sospechas, César, que el temor se hospeda
En mi valiente corazon?... ¡Qué engaño!
Lucio Veto mi padre, mi familia, (50)
Todos la muerte sin terror miraron.
Sextia mi abuela, mi infeliz hermana,
Mi padre, con piedad, túrbios de llanto,
Los ojos, tristes de dolor, volvian,
Fallecer los primeros deseando.
Cumplió el destino lo que ordena siempre
Naturaleza (en su mirada un rayo
Brilló de gozo): sucumbió la anciana,
Lúcio despues, las vacilantes manos
Dirigiendo al cadáver, la postrera,
Huérfana ya, Polúcia desmayando.
¿No recuerdas el dia en que la viste
Comparecer sin miedo en el Senado,
Cuando con vil acusacion dijeron
Que en contra tuya consultó los astros?
No la escuchas que dice: «no lo oculto.
Los vestidos, las joyas de mi rango,
Todo, César, lo di y hasta mi vida
Diera tambien, si la pidiera el mago.
No apostrofé los dioses, el conjuro
No lancé sobre tí (¿qué me importaron
Nunca tu suerte y la de Roma?): solo
Por Lúcio Veto á Némesis rogando.
Nada sabe mi padre: si hay culpable,

Solo soy yo que con furor le amo.»
¿No la escuchas gritar: «perdon, Augusto,»
Cada noche al salir de tu palacio?
Y aun consumado el crímen, te atreviste
A insultar á las victimas. Tu lábio
Las perdonó, mientras tus viles jueces
La eleccion de suplicio las dejaron. (51)

NERON. Nada puedo esperar.

JULIA. Nunca en tu córte
Quise hallarme, Neron. ¿Te dijo acaso
Faon quien era su muger?

ESPORO. Perdona,
Julia, yo te lo pido. Ha despejado
El cielo; ya sobre su azul camina
De Diana casta el fulgurante carro.
Luzca lo mismo la esperanza un punto.
Deja que brille su amoroso rayo.

NERON. No te inquietes por mí: que el firmamento
Tambien mostraba sus estrellas, cuando
Sumergieron las ondas á Agripina. (52)
Toda excusa á mi crímen le quitaron.
Es preciso morir. ¿Lloras, Esporo?
Solo te quedas y de auxilio falto.
Sollozas con razon, pues que me pierdes.
Mas ¿tan pronto? Jamás... Tienes, esclavo,
Alguna lira por aquí?

CÓRAX. Ninguna.

NERON. No tendrás una idea de mi canto. (53)
No sabrás con qué voz digo los versos
Del magestuoso Sófocles. ¿Acaso
No viste nunca sacudir las palmas
Toda Roma, escuchándome? Hace un año
Que en Edipo logré de mi corona
Un nuevo y verde y magestuoso lauro.
«Madre, esposa, parientes, todo ordena
Que yo perezca...» (54) El popular aplauso
Que siguió estas palabras... Pero ¡ay! ¡triste!
Que me estaba yo entonces sentenciando.
Si ocultára la mísera existencia
Bajo las sombras del ramaje grato;
Si cual llevan los rios su corriente
Apacible, arrastrara yo mis años;

¡Oh! ¡qué inmenso placer! ¡Oh! ¡qué alegria!
De esta vida los vínculos soltando,
Viera de Octávio la tranquila imágen.
Todo en el mundo me parece vano.
¡Qué filósofo en mí pierde la tierra!

JULIA. No sabrás espirar. ¿Por qué hablas tanto?

NERON. ¿Tienes, siervo, un puñal? En tu cintura
Hay dos... Déjame ver... Bien aguzados
Están... Pero áun no es tiempo. En mi destino
Hay una hora fatal; y aun no ha llegado.
Levantadme un sepulcro. Dé sus jaspes
Grecia y Liguria su pulido mármol;
Poned en torno, porque gima el viento,
Sauces llorones y cipreses altos.
Que de Venus el mirto, y los laureles
De Apolo y Marte para siempre caros,
Que del álamo fresco las hojuelas
Mueva la brisa con suspiro blando.
Decid á Actea que acompañe á Esporo (55)
Todas las tardes á verter su llanto
Sobre mi tumba... Mas dejar el mundo...
¿Por qué quieres vivir? Es necesario
Resolverte, Neron. ¡Qué de ignominia,
Mofa y oprobio te estará cercando,
Si á Roma vuelves!... Decidirte ahora
Debes. Despierta del fatal letargo.
¿Sabes, Córax, matar?

CÓRAX. Mi antiguo oficio (56)
Fué, Neron, no hace mucho el de Sicario.

NERON. ¿Es mal tan grave abandonar la vida? (57)
No te acerques aún... Mira ese mango,
Que es grosero en verdad. (*Da á Esporo un puñal.*)

ESPORO. ¿Y no te atreves
A acabar sin vergüenza tu reinado?
Mírame, asi se muere... Ya lo has visto. (*Se hiere.*)
Adios... Julia... Neron...

JULIA. (*Cogiendo el puñal con que se ha herido Esporo.*)
Efebo, santo
Es ya el puñal con que tu pecho heriste.
Por eso yo en el corazon le guardo (*Se hiere.*)

NERON. ¡Oh! ¡qué ejemplo me dan!... Mas la flaqueza
Se apodera de mí... Córax, ten ánimo:

Hiere de muerte, sin piedad... Ya escucho
El galope veloz de los caballos. (58)
(*Córax, le hiere, dejándose caer sobre el lecho, en el que se habrá recostado Neron desde que sabe la sentencia del Senado. Julia tendrá sobre su regazo á Esporo; y ambos formarán un grupo entre el lecho en que está Neron y el espectador, de modo que no sean vistos del que penetra en la escena. Faon y varios pretorianos entran por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XVI.

DICHOS.—FAON.—PRETORIANOS.

NERON. Tal artista... y morir!.. (59)
FAON. Neron; el pueblo
Otra vez es traidor: te está aclamando.
NERON. Es ya tarde.
FAON. Qué miro!... Socorredle...
NERON. ¿Eso juzgas ser fiel? (60) Córax ha dado
El golpe; y dióle con sereno pulso.
FAON. El te vendió. Prendedle, pretorianos.
NERON. Faon, Adios... (*Muere.*)
CÓRAX. Por su mandato solo...
FAON. La delacion encontrará su pago.

Abril de 1855.

NOTAS.

Apenas ha habido carta en que, al felicitár al autor de La Muerte de Neron con cariñosos elógios, no se le ruegue ó exija que dé á luz las muchas notas citadas en su tragedia. (*) A pesar de su deseo de no aparecer vanidoso por tan débil obra, no ha creido ser posible resistirse por mas tiempo á la voluntad expresa de sus mejores amigos. Si los lectores encuentran que las notas no merecen el tiempo empleado en su lectura, libren al autor de culpa y achäquenla á algunos de ellos demasiado apasionados.

---

(1) He dado á la heroina este nombre, porque siempre sonó en mis oidos agradablemente, y porque es el más conocido para los lectores, entre los pocos que han llegado á nosotros, como usuales, de la época de los Césares. No creo que álguien pueda figurarse, á no ser un suspicaz erudito, que pretendo dar á la esposa de Faon parentesco con una familia concluida en Claudio, y que, si aun existiera, no haria verosímil que Neron desconociese una muger enlazada con su madre y con su padre adoptivo. Puede ser, si el erudito lo anhela, descendiente de un liberto de los sucesores de Ascanio: tambien aquella Barina, que apostrofa Horacio, fué por causa semejante, segun un comentador, llamada Julia Varina. Confieso, sin embargo, que no es tal mi pensamiento.

Neron, Esporo y Faon son personages históricos; y si me he resuelto á presentar el segundo, es porque, además del prestigio que dá á una accion la

---

(*) Despues de haberlas citado con las llamadas correspondientes, cuando en 1861 se publicó por vez primera este ensayo dramático con objeto únicamente de enviarlo en corto número de ejemplares á personas queridas ó estimadas, el autor, arrepentido de su primer propósito, sustituyó á aquellas la siguiente *nota*, que se insertó al final de la tragedia.

«El autor tuvo la intencion de publicar al fin de esta obra las notas que van indicadas en ella y que estaban destinadas ya á completar con explicaciones históricas y literarias algunos pasages de esta tragedia, ya á responder de antemano á varias objeciones que podrán hacérsele. Temeroso, sin embargo, de que se crea que presta demasiada importancia á este incorrecto trabajo, ha determinado que continúen inéditas, evitando así caer hasta cierto punto en el delito de pedantería.»

belleza material de los actores y de la verdad que cobraria el cuadro, Esporó, como el compañero del Encolpo de Petronio, tiene algunas calidades que realzan su carácter, y no es suya la ignominía, al menos si han de creerse las indicaciones de Dion y de Suetonio, que casi han de adivinarse.

(2) Esta palabra, que en griego significa *cuervo* y que sirvió de nombre á un orador siciliano fundador de la elocuencia helénica, lo dió tambien en la obra de Petronio á un criado mercenario, probablemente liberto ó esclavo ageno, que Eumolpo tiene alquilado. La época en que ví usado este apelativo, la etimología que se le encuentra, casi el carácter del personage por quien el Satyricon lo emplea, todo me inducia á designar con ella el siervo malévolo de Faon, ya que tambien era fácil el incluir dicho nombre, sin aspereza, en mis versos.

Igual denominacion obtuvo entre los romanos una máquinà de guerra, pasando despues á otra empleada en la marina. Aun bajo este concepto, recordando las costumbres de las matronas romanas y los versos de Juvenal 330 á 335 y 367 á 379 de la VI Sátira, puede aplicarse bien al favorito de Julia el nombre que se le ha dado y calificarse á éste con la frase del Satyricon á propósito de Ascylto: «*¡O juvenum laboriosum! puto illum pridie incipere, postero die finire.*»

(3) Sabido es que los pretorianos disponian á su antojo del Imperio en Roma, desde la elevacion de Claudio debida á su actitud firme, en contra del Senado y del vulgo, á la muerte de Calígula. La disciplina, sin embargo, de que entonces dieron pruebas, estuvo en riesgo de verse completamente perdida, únicamente por miedo: Galba traia consigo las legiones de España que, desde el tiempo de César hasta llegar Vespasiano, eran las más respetadas y á quienes temblaba todo, quizá por dominadoras de un pueblo aún salvage y grande.

Por esta circunstancia autorizo con ellas la rebelion, como lo dice Suetonio: *ad mediam fere noctem excitus, ut comperit, stationem militum recessisse, prosiluit e lecto, misitque circum amicos;* pero tambien, como expresion del sentimiento del propio deshonor, que les hizo recordar á Neron despues con cierto remordimiento en la dominacion de Galba, de Oton y de Vitelio, acompañan á Faon los pretorianos, cual si hubiesen ya vuelto á la lealtad primera. El pueblo, por su parte, lloró á Neron al momento.

(4) Aunque la casa de campo fuese con frecuencia en estremo diferente de la habitada en la ciudad por personas opulentas, siendo Faon favorito del César, y habitando Julia la quinta, debian hallarse en ella todas las comodidades del palacio ó de la habitacion del patricio. Para formarse una idea, basta fijar la vista en el plano de la mansion del Edil Pansa en Pompeya, que trae Rich en su diccionario de antigüedades romanas; pues las casas de este pueblo no excederian sin duda á las de recreo alzadas en los extensos jardines de las cercanías de Roma. El aposento designado *Ecus*, correspondiente al

prostas ó al *parastas* griego, residencia habitual de la matrona, puede ser considerado el que representa la escena. Cercanas de él las puertas laterales de la casa que dán acceso al amigo por una parte y á los esclavos por otra, próxima la galería abierta sobre el jardin, contiguo el perístilo y enfrente descubierto el átrio, se puede desde tal estancia vigilar la casa y enlazar la accion, sin inverosimilitud y con la independencia bastante para que puedan concertarse sin estorbo alguno las entradas y las salidas de los personages.

El adorno de la estancia, la pintura de ella, pueden imaginarse fácilmente por cuantos hayan visto los libros, en que están descritas las investigaciones hechas en Pompeya y Herculano. Únicamente parece necesario observar que el lecho no indica aquí que el aposento esté destinado á *dormitorium* ó alcoba; pues la matrona en el átrio, como dice Laberio, citado por Aulo Gelio,

Mater familias tua in lecto adverso sedet.
Servos sextantis verbis nefariis utitur.

vigilaba desde un lecho á sus esclavos; y el poeta acostumbraba á componer recostado en un mueble semejante ú otomana, segun los versos de Ovidio:

Non hæc in nostris, ut quondam scribimus hortis,
Nec, consuete, meum, lectule, corpus habes.

Para conocer hasta donde habia llegado la molicie en Roma, obsérvese cuan pocas veces hablan sus poetas ó sus escritores, no siendo en los actos públicos, de otros asientos que el lecho. No solamente cuando se halla en su mísera posada, sino cuando habita en Crotona, Encolpo se tiende en él, siempre que vuelve á su casa. Las mugeres ya habian llegado á recostarse en el lecho en los banquetes: ¿qué mucho que fuera de ellos no buscasen otro asiento?

(5.) Quizás parecerá estraño que comienze esta tragedia con manifestacion tan clara de la humillacion de Julia; y tanto más lo pareceria si llegára á conocerse desde luego el personage de Córax y se llegára á saber su atribucion en la trama. Persuadido, sin embargo, de que el lector recuerda aquellas nobles matronas que describe Juvenal en sus Sátiras; y de que, aunque tenga más de exagerado que cierto, bajo este tipo las imaginará sin embargo, he bosquejado la escena del modo que autorizaban aquel poeta en los versos 51 á 55, 601 y 602 de la VI Sátira y Marcial en el epígrama 76 de su lib. XI.

El desenfreno escandaloso de la otra Julia, esposa de Agripa y de Tiberio, que quizás se autorizára por un incesto de Augusto; los excesos de Mesalina, modelo de la vulgar cortesana, bastaban para cohonestar los impulsos indecorosos de la esposa de Faon abandonada de «su esposo ingrato» y amaestrada tal vez por los lúbricos ejemplos que á la sazon veria en muchas de sus amigas, á ser verdad las aseveraciones de Tácito en el párrafo XXXVII del Libro XV de los Anales. La inclinacion que Petronio dá á Circe al amor de Encolpo, tan bien descrita por Crysis, reconoce igual estimulo: del mismo modo, sin duda, le sienten todas las gentes á las de diversa clase, como se ve

en nuestros dias; y tal vez, si Esporo fuera de condicion libre, *ingénua*, nó se embelesára Julia con él en la escena IV.

(6) Casi todas las expresiones de cariño y de sumision, que usamos los españoles, las usaron los latinos; y pocas serían las sábias en amores, que, si resucitase César y adivinasen solamente las palabras, no el espíritu, de su lengua, le llamasen de otro modo que le debieron, sin duda alguna, llamar, si no Postumia, Mucia, Servilia y Cleopátra, al ménos las fáciles conquistas de sus años juveniles, Catulo, Horacio, Tibulo, Propercio, Ovidio, Petronio, el mismo Apuleyo, usan de amorosas frases semejantes á las muchas que, la doncella tal vez, y la coqueta siempre, emplean en nuestra época.

Estos términos, como sucede ahora, fueron tambien alterando su significado ó su objeto; y aplicados primeramente á los amantes nacidos en cuna *ingénua*, bajaron despues hasta los esclavos. Sabido es que los romanos venian á ser á veces servidores de sus siervos, y que reprendia Séneca al que maltrataba al própio é iba á buscar enseguida la caricia del ageno *Hos ego eosdem deprendam, alienorum servorum osculantes manum.* (Epístola XLVII.) Para asesinar á Cómodo, Marcia hizo á cierto atleta igual promesa que Julia.

(7) Ha de estrañarse por los eruditos, sin duda, que Esporo se dé este nombre; y achacarán, por consiguiente, al autor impremeditacion ó ignorancia. Sí reflexionan, sin embargo, un poco, encontrarán fácilmente la solucion del enigma que habrán llamado error craso. ¿Por qué el esclavo fugitivo, áun en la adolescencia, dá por válido un nombre que Julia debe tener por fingido, ya que *Ephebus* era en Roma un adjetivo, semejante, igual al de *pollo* en nuestros dias? ¿Cómo pudiera responder hoy el *cadete* á la jóven, que enamore, apellidarse *cadete?*

Si en latin se hubiera escrito esta tragedia, la reflexion fuera justa, como lo fuera tambien si Esporo hubiera contestado en castellano: «*Imberbe.*» Pero este nombre tan dulce, que calificaba en la antigüedad y dá forma y color en los escritos clásicos, no solamente al adolescente, si no al adolescente hermoso, quizás por la razon misma de que *no hay quince años feos*, convenia á mi propósito. Debió tener orígen la palabra *Efebo* de la denominacion del Dios que presta fulgor brillante y vida á la naturaleza, como por analogía tambien llegó á *febea* la luna: y esta derivacion perceptible para oidos españoles hubiera bastado ya para elegir este nombre, si otra razon no tuviese. Los personages de las comedias de Aristófanes, de Plauto, de Terencio, de Moliere y de Beaumarchais, entre los extrangeros, y de Lope de Vega, de Tirso y de Moreto, entre los españoles, llevan nombres procedentes de las circunstancias ó de las calidades de ellos, unas veces en su lengua, las mas en alguna estraña pero familiar á la mayoría de los espectadores, ya que servia á hacerles conocer á fondo el carácter ó la manía presentados en escena.

Julia se halla estática ante Esporo; el nombre que lleve Esporo ha de

parecerle hermoso y ha de guardarlo en el alma: era preciso que el nombre correspondiese á la idea. En no sé cuál comedia contemporánea, una tierna enamorada responde á su madre ruborosamente, hablándola de su novio: «Si vieses... ¡Es tan bueno!... Se llama Cárlos!...» El nombre entra aquí por mucho.

Pude, es verdad, acudir á otras palabras, recordar los favoritos de Virgilio, de Horacio, de Tibulo y de Marcial, de Vitelio ó Domiciano; y llamar al de Neron de igual ó parecido modo: pero los nombres de aquellos, ó han pasado á la posteridad muy marcados, ó tienen significacion diferente de la que yo buscaba, ó son de etimología difícil á los lectores. Era el mejor *Earino*: pero quién descubre aquí el orígen agradable, dado que fuese más fácil, que á Marcial lo era, incluir esta palabra en mis versos?

(8) Esta enumeracion tiene por objeto principal hacer valer la contestacion de Esporo, al designar mejor país para su nacimiento, que los citados por Julia á título de famosos por la hermosura de sus adolescentes. Las orillas del Eurotas vieron morir á Jacinto, el favorito de Apolo, acogieron al sagrado cisne gozador de Leda y reflejaban cuotidianamente la hermosura varonil de los jóvenes de Esparta. Del Asia habian venido á Grecia los más terribles conflictos, á causa de sus mugeres: en Asia se hallaba Troya; y en Asia habian nacido el favorito de Vénus, Anquises, padre de Enéas, y el elegido de Júpiter, codiciado Ganimédes. Los mares del Archipiélago bañan la cuna apacible del gallardo Adonis, la antes flotante de Apolo, la anchurosa isla de Creta orígen de las pasiones más escusadas en Grécia. Natural era que fuese tan alabada, en Roma, como ahora en Constantinopla, la belleza circasiana, de donde derivó la religion helénica, aunque confusamente, sus primeros dioses. Eran ya los germanos, y especialmente los batavos, buscados por los romanos; y Tácito referia al poco tiempo la causa de su rebelion contra el infeliz Vitelio con estas acusaciones á las tropas de Hordeonio: *rursus impubes, sed forma conspicui (et est plerisque procera pueritia) ad stuprum trahebantur*. ¿Ha de parecer estraño que, animado por la fama, que iba adquiriendo entre los romanos España, especialmente la *Bætica*, haya citado, al terminar el apóstrofe, las riberas de dos rios que evocan para el autor muy agradables recuerdos? Antes de que Marcial se presentase en Roma, ya debieron inspirarle los habitantes de las orillas del *Salo*, de la márgen del *Iberus*, quizás del profundo *Tagus*; y mas de algun Telesforo seria probablemente de la pátria del poeta.

Conforme se estendian la civilizacion ó la conquista, cambiaban la moda de los esclavos y la abundancia de la mercancía presentada en el mercado por el codicioso *mango*. Cuando cesó ya Tarento de dar sus adolescentes á Roma, sucedióle Alejandría; á *Sybaris* siguió Cádiz; tras de la Frigia y la Siria, vinieron la *Germania*, la *Libia* y la Etiopia misma á dar coperos en los banquetes, peluqueros en los aposentos de los alegres patricios. ¿Por qué no

daría España su contingente tambien de *pincernæ* y de *unguentarii*, si lo daba de poetas y filósofos, antes de darlo de Césares?

(9) Ninguna entre las ciudades de Grécia, artística pátria del epicureismo, osó emular á Corinto en lascivia y elegancia. Allí, como ahora á algunos puertos y capitales de Europa, llegaban los extrangeros, con uno ú otro pretesto, á saciar su curiosidad ó su libertinage; allí acudian tambien los mercaderes de esclavos á aprovechar su hermosura; y allí finalmente volvían agradecidas los ojos las célebres cortesanas que Atenas hacía ricas. Para tanta preferencia algo más que su comercio debieron hallar los griegos; y nada me ha parecido más digno de este homenage que la belleza de sus habitantes, que vengo á hacer superior á la justa nombradía de las naciones famosas, por tan envidiable don, entre los pueblos antiguos. Quizás lo debia á su posicion excelente entre las ciudades del Peloponeso y las demás de Grecia, lo cual le proporcionaba un cambio de poblacion en extremo favorable á la perfeccion de la raza. Con la cultura, la higiene y las demás condiciones de los mejores puertos unia la de poder regenerarse constantemente con los hijos de Beocia y de Tesalia por una parte, y por otra con los de Lacedemonia y Arcadia, todos llenos de salud, de robustez y de fuerza. La sangre de las montañas se templaba, por lo tanto, en la molicie del lujo y en la contemplacion de las artes, dando indudablemente por resultado á Corinto una raza muy hermosa.

No hay que olvidar que es Esporo ó que pretende ser *ingénuo* de nacimiento: por esto y por su carácter, que me interesaba hacer (cual al arte) tan bello como sus formas, no le hice nacer en Siria, pueblo, que (á ser esta persona esclava) le hubiera convenido mas, al igual de la saltatriz de Virgilio; ó en Cádiz, que ya empezaba á disfrutar del nombre que tan notable fué en tiempo de Juvenal y del poeta de Bilbilis, ó en Siracusa, de antiguo piedra de escándalo y fuente de corrupcion para Roma, ó en las orillas del Nilo supremas en la molicie.

(10) No solamenle era siervo el que en esta condicion nacia; ni era precisa la guerra para reducir á servidumbre al hombre. Nadie sabe si Giton es compañero ó es esclavo de Encolpo; y no lo es seguramente de Ascylto: y, sin embargo, Petronio le hace obedecer á aquel y reclamar por éste cuando se acoge otra vez al amparo del primero. Sabido es que con frecuencia los esclavos fugitivos buscaban una amistad ó un apoyo; y jóvenes habia que, abandonando, por necesidad ó por simpatía, su condicion de hombres libres, aceptaban (ó alegaban á manera de disfraz) la dependencia de otros: tan fácil solia ser conseguirlo, por la confusion que la clase numerosa de *libertos* introducia en las restantes de la sociedad romana.

Sin recurrir á Petronio, tambien una historia griega, la de Jenofonte de Efeso, nos enseña un bandido enriquecido que, al abandonar á Sicilia para emprender un viaje, toma un bello adolescente como siervo ó compañero,

despues de haber asesinado en Byzancio á un opulento viejo que antes le habia robado, comprándoselo á su padre, otro tierno favorito. Asi tambien Publio Syro vino, aun *impuber*, á Roma.

Las guerras civiles en Italia y en Grécia por aquella época, y las que se sostenian en los confines del imperio siempre, vinieron á dar tambien su contingente de esclavos. No solamente venian, como botin del soldado, desde el reino de los Parthos y de la Cilicia, si no que (cual en el sitio de Cremona luego) era pasada á cuchillo toda la poblacion insurgente, que su hermosura y su edad no recomendaban para ser vendida. Por esto se dijo en Roma (y se enorgullecian de ello) que no habia esclavo alguno que no viniese de reyes. *Plato ait: neminem regem non ex servis esse oriundum, neminem non servum ex regibus. Omnia ista longa varietas miscuit, et sursum deorsum fortuna versavit.* (Séneca. Epist. XLIV.)

(11) La nota anterior ya indica cómo autorizan ejemplos la aseveracion del verso. Confieso que le inspirára Eumolpo, llevando consigo al héroe del Satyricon y á su favorito como esclavos suyos, para ocultarse en la nave que, por desgracia, pertenece á Lycas.

En vez solamente de hacerles ir á habitar en Crotona para gozar la voluptuosa vida que compensa su naufragio, he preferido acogerme á la que Horacio debió llevar en sus tierras de la Sabina, cuando quizás esclamaba:

Simplici myrto nihil allabores
Sedulus curæ; neque te ministrum
Dedecet myrthus, neque me sub arcta
Vite bibentem.

La eleccion de la Umbría, prescindiendo del hermoso nombre, tan espresivo y grato, de la comarca, se comprende fácilmente, considerando que las provincias situadas cerca de la capital eran las más tranquilas del Imperio, aun que las mas despobladas por la absorcion insensible que habian de causar allí las necesidades y el atractivo de Roma.

(12) La casa de campo de Faon, á que se retiró Neron, se hallaba, segun Suetonio, á cuatro millas de Roma; y, para refugiarse en ella, tuvo que entrar de escondidas por un agujero, que se practicó en el muro, hallándose mientras tanto oculto en una cantera. A esta situacion innoble é innecesaria, sobre todo si el propietario se hallaba en su compañia, he preferido la entrada natural y recatada sin acompañamiento alguno, descartando á Esporo; ya por que así resulta Neron más abandonado y es más secreta su fuga, ya porque esto prueba tambien su precipitacion y su egoismo en salvarse, abandonando al populacho la indeferente vida del adolescente.

(13) *Equo autem odore abjecti in via cadaveris consternato, detecta facie agnitus est á quodam missicio pretoriano, et salutatum.* (Suetonio.— Nero Claudius. XLVIII.)

(14.) *Ut erat nudo pede atque tunicatus, penulam obsoleti coloris su-*

perinduit; adopertoque capite, et ante faciem obtento sudario, equum insecendit, quatuor solis comitantibus. (Suetonio.—Nero Claudius. XLVIII.)

(15) *Reversus e Græcia Neapolin, quod in ea primum artem protulerat, albis equis introiit, disjecta parte muri, ut mos hieronicarum est. Simili modo Antium, inde Albanum, inde Romam. Sed et Romam eo curru, quo Augustus olim triumphaverat, et in veste purpurea, distinctaque stellis aureis chlamyde, coronamque capite gerens Olympiacam, dextra manu Pythiam, præeunte pompa celerarum cum titulis, «ubi», et quos, quo cantionum, quive fabularum argumento vicisset»; sequentibus currum ovantium ritu plausoribus, «Augustianos, militesque se triumphi ejus,» clamitantibus. Dehinc, diruto circi maximi arcu, per Velabrum forumque, Palatium et Apollinem petiit. Incedenti passim victimæ cæsæ, sparso per vias identidem croco, ingestæque aves, ac lemnisci, et bellaria. Sacras coronas in cubiculis circum lectos posuit.* (Suetonio. *Nero Claudius*, párrafo XXV.)

Del mismo modo habia aplaudido Roma á Tiberio y á Calígula, al favorito Seyano, al atrevido Silio. Pueblo ya, sin virtudes ni defectos, que solo guardaba vicios, halló en Neron aquel tipo que le era necesario. Si la rebelion no empieza por los ejércitos acampados lejos de Roma, que se divierte; ¿cuándo la ciudad osara abandonar su voluptuoso letargo, para derrocar la estátua protectora de la orgía, símbolo y modelo de los que de ella gozaban?

(16) Aunque no conoció Pérsio sino la juventud de Neron, ya nos dejó un indicio, en la primera sátira, de las pretensiones del César como poeta, antes de censurar sus instintos, con tal verdad, en la cuarta. Era consecuencia, no obstante, de la educacion recibida, la petulancia mostrada. El discípulo de Séneca, el amigo de Petronio, el favorecedor de Lucano debió creerse poeta de aventajado y relevante génio. Intentaba perforar el istmo de Corinto, y las poblaciones de Grécia no aplaudian ó censuraban, como dá á entender Luciano, la empresa del ingeniero sino la arrogancia del César; se inclinaba á la una ó la otra fraccion del Circo, y su eleccion obtenia aplauso; descendia á competir con ellas, y le dejaban alcanzar el triunfo; el vulgo se amontonaba en las gradas del Teatro cuando en él aparecia, y no las abandonaba, quizás de miedo á los cortesanos y á los delatores, quizás por inclinacion á la lisonja y la infamia; Grécia, el árbitro del mundo en las artes y las letras, le aclamaba entusiasmada; ¿qué extraño que un hombre débil se creyese mucho, con tanta mayor razon, cuanto que era muy mediano?

Por inteligente y docto debieron tenerle en Roma; y reflejo de su época y del afan de encarecer á los griegos, puestos en boga desde el tiempo de Tiberio, debió de ser su propósito de anular á Virgilio y á los poetas contemporáneos de éste, rindiendo tributo á Homero. Si ha de creerse á Suetonio, dos copas, que estimó mucho, debieron tan grande aprecio á figurar sus grabados unos pasages notables de la Iliada ó la Odisea.

(17) Era Neron entusiasta por la poesía, cuando el imperio entusiasmado por Grécia soñaba únicamente con Troya, quizás por que Julio César por un lado, y por el otro Virgilio, habian acreditado la procedencia de Enéas. Siendo tal la opinion universal y creyendo la muchedumbre que el fuego era prendido de intento, natural fué que naciese la fábula que pintaba á Neron, regocijado de la novedad sublime del devorador incendio, cantando la triste noche de la pérdida de Troya. Si en él viéronse á la vez tardanza para el socorro, contento de que el suceso facilitaba sus planes de construccion y mejoras, recuerdo del postrer cuadro de la epopeya troyana; bastaron los incidentes para achacar á Neron la providencial catástrofe, aunque á su vez los cristianos, por venganza ó represália, no contribuyesen á difundir los rumores.

Adoptada la creencia general, natural es que Neron se acuerde del otro incendio tan próspero á su familia. Sin él, no viniera Enéas á establecerse en Italia; sin su venida, la familia Julia no tuviera nacimiento; sin ella, no se enlazáran los Domicios y los Césares; sin la alianza momentánea, ó no naciéra Neron, ó no llegára al Imperio.

(18) Neron era espejo fiel de los hábitos de Roma. En la crueldad tuvo ejemplos, tuvo ejemplos en lascivia, no entregó la ciudad á la molicie, no dió el ejemplo fatal de ponerse en espectáculo. Todas estas circunstancias, generales en Italia, asomaron en Calígula; y si el gobierno de Claudio no pudo desarraigarlas, es prueba de que no nacieron únicamente de ejemplos perversos del soberano.

Roma estaba corrompida por su poder y su lujo. Hallábase, pues, dispuesta á someterse á quien fuera apropiado á gobernarla sin chocar con sus instintos. Para salvar su decoro, convenia idealizarlos, es cierto; pero Neron parecia nacido para este objeto. Su talento, su instruccion, su inclinacion á las artes daban pretesto bastante para adorar su profusion y sus vicios.

Por esto Neron fué ya llorado á su muerte, por esto siempre hubo en Roma quien honrase su memoria, por esto fué á Oton fácil encontrar en la ciudad quien le elevase al imperio, vengando la muerte infame del elegante vicioso con la del hipócrita y caduco Galba. Pueblos distantes siguieron tributando estimacion al eco lejano de admiracion y de aplauso que habia llegado hasta ellos; y un aventurero pudo levantar los parthos, fingiéndose el desventurado y desposeido César. Por la misma senda avanzó luego Domiciano y con la misma fortuna, á pesar de que el ejemplo de su padre y de su hermano le obligaron á buscar en menor esfera aplausos.

(19) Estos remordimientos de Neron se hallan perfectamente expresados en el párrafo XLVI de su vida por Suetonio. *Numquam antea somniare solitus, occissa demum matre, vidit per quietem, navem sibi regenti extortum gubernaculum; trahique se ab Octavia uxore in artissimas tenebras.*

En cuanto á Británico, nada más bello que los párrafos XV y XVI del libro XIII de los anales de Tácito. Cuando el adolescente príncipe se levanta

á su vez, para cantar en el banquete de las saturnales, y recita unos versos aplicables á la suerte de su padre y á la suya (*exorsus est carmen, quo evolutum eum sede patria rebusque summis significabatur*), parece que se presencia una escena semejante á las de Racine y de Shakspeare: de Shakspeare, cuando los actores de Hamlet representan la muerte de su padre, ante la madre homicida y el usurpador padrastro; de Racine, cuando Joas detiene con dignidad y modifica en asombro y en respeto los impulsos de Atalía.

(20) Dos grandes ejemplos dió á sus contemporáneos el reinado de Neron, en los carácteres enérgicos de estas dos personas, que únicamente he reunido por eso. El primero, liberto de Octavio Sagita (de quien le he hecho esclavo para que, ni el agradecimiento, empañara su abnegacion), se declaró el autor del homicidio de Poncia consumado por su patrono en un acceso de celos: la segunda, complicada en la conspiracion de Pison y de Escevino, prefirió suicidarse, á revelar sus cómplices. Si aquel acto generoso interesó profundamente á la poblacion de Roma, éste enseñó á los hombres el ánimo, por medio de una mujer que salvó con su silencio á quienes no conocia. *Cariore exemplo libertina mulier, in tanta necessitate alienos ac prope ignotos protegendo.* (Tácito, *Annales*. Lib. XV, pár. LVII.)

(21) El párrafo LXVI del libro X de los anales de Tácito contiene, en términos análogos, este discurso: «*Odisse cœpi, postquam parricida matris et uxoris, et auriga, et histrio, et incendiarius extitisti.*» El párrafo siguiente me ofrecia el final, en la respuesta de Sulpicio Asper á la pregunta de Neron: «*¿Cur in cædem suam conspiravisset?*» diciendo: «*non aliter tot flagitiis ejus subveniri potuisse.*»

(22) La época de su desgracia comenzó para Neron con la rebelion de Vindex; con ella vino tambien, por primera vez desde César, una amenaza poderosa á Roma. Contábase, empero, áun con la fidelidad del ejército que guarnecia la España, y que era tanto mejor cuanto que era más romano: menos tropas auxiliares entraron á componerle; tanto mejor organizado y preparado estaba, cuanto que si eran fieles y asimilables al imperio los indígenas, eran tambien más tenaces y mucho más animosos, en caso de ser rebeldes, que los inquietos y habladores galos. Por esto, aunque Vindex estaba cerca de Italia, aunque venia sobre ella al frente de una nacion enemiga natural y eterna de esta Península, Roma no se atrevió á confiar, ni Neron empezó á temer su suerte, mientras no se agitaron las tropas acampadas en España. Ellas podian detener á Vindex, que ya temblaba por esto; ellas podian libertar á Roma, en caso de que avanzase; ellas tambien arrancarle el poder de entre las manos, si llegaba á disfrutarlo.

Pero en cuanto se llegó á saber la defeccion de Galba, cuando recordó la plebe ó inventó discretamente las sentencias de Octavio y de Tiberio, en que los previsores ancianos le auguraron el imperio, mostróse la rebelion sin máscara alguna en Roma. Los amigos de Neron perdieron la confianza; que-

dó irresoluto el César; los favoritos de Galba recobraron importancia y creyeron ser su dia los pocos admiradores de la república antigua, opresora y oligárquica. Tal fué el efecto causado en la capital del orbe por este acontecimiento, que, sin amenaza alguna, Neron dejó su palacio, conociendo que el imperio era ya de otra persona. La vacilacion, que mostró en aquellos dias, prueba que nadie le asedió directamente, *si no es con el abandono*; y si él no se fuga al fin con tal precipitacion, la crisis no se presenta tan terrible, ni tan próxima.

(23) *Audiit ex proximis castris clamorem militum, et sibi adversa, et Galbæ prospera ominantium; etiam ex obviis viatoribus quendam dicentem. «Hi Neronem persequuntur» alium sciscitantem, «Ecquid in Urbe novi de Nerone»* Aproximando á este pasage de Suetonio este otro: *Quum ex oratione ejus qua in Vindicem perorabat, recitaretur in senatu, «daturos penas sceleratos, ac brevi dignum exitum facturos,» conclamatus est ab universis: «Tu facies Auguste.»* pueden comprenderse bien los recelos de Neron á aquellas preguntas hechas por saber de el fugitivo, no el César.

(24) Rodas, Sicilia, Cerdeña, Córcega y las Baleares compartieron en diversas épocas el triste privilegio de dar abrigo á los desterrados, cuando una relegacion mas rigorosa no les enviaba á las islas de Ponza y de Pandatéria ó á las orillas glaciales del Ponto Euxino. Si en tiempos de fácil comunicacion, atravesando los mares con rumbo directo, han solido ser las Canárias morada de desterrados; si, aunque más cercanas, las Islas de Cabrera y Dragonera han sido depósito miserable de infelices prisioneros; si los presidios del Peñon y de Alhucemas son mansion de delincuentes; cuando la navegacion era costanera, por carecer de la brújula, no serian para Italia mas peligrosas sus islas, siempre que hubiese un centurion ó un pretor que supiese vigilarlas y una distancia mayor que la recorrida por los barcos pescadores. En la época de Neron eran las islas de Ibiza, Cerdeña y Córcega las favorecidas para habitacion de víctimas ó rebeldes; y en ellas cree quizás poder albergarse un dia, como antes Tiberio en Ródas.

(25.) Todos los sueños apacibles terminan siempre en voluptuosos, hasta en aquellas personas á quienes la religion hace cambiar, con un freno por ellas mismas ansiado, los naturales impulsos. Sueña la casta religiosa, á veces, con ángeles que consuelan, con demonios que seducen; y la beldad de la forma, tanto mayor quizás cuanto más confusa, entra por mucho en la impresion halagüeña que recibe el alma, libre de las distracciones, de las deformidades del mundo. Creían entre los antiguos en la existencia corporal de los sueños, en la proteccion de los génios, en la aparicion de los dioses, en los presagios, ó favorables, ó adversos, en sana salud aquellos. Cambió la edad media un poco el curso de las ideas; y los diablos tentadores asediaron ya cruel, ya dulcemente, pero con formas voluptuosas, seductoras siempre, la castidad de los jóvenes, la virginidad honesta de las doncellas: los santos

sucedieron á los dioses, los ángeles de la guarda á los *daimones* y génios; y el suave presentimiento, la pureza de conciencia, siguieron á los presagios.

No era necesario tanto en aquellas épocas á los descreidos; y por desgracia en la actual á casi todas las gentes. El instinto lascivo que se comienza á despertar apenas en la inocencia de los pocos años, forjándose de una mezcla del carnal impulso y de las tradiciones de la nodriza ó la madre, de la revelacion ó del libro, se trueca para el esperto en una imágen formada, á manera de mosáico, con los recuerdos confusos de aventuras y deseos. Por esto, aunque los conocedores dicen que tales sueños vienen solamente al alba, Neron, desde que se aduerme, revela al lector su alma, más tímida y lujuriosa que cruel y firme, en la evocacion de varias de sus sombras favoritas, de su constante concubina Actea, de la misma Julia que, acabada de gozar, desapareció á sus ojos, dejándole aún irritado con una fiebre amorosa, de aquel hermoso y adorado Esporo causa de tanta locura y omnipotente valido de quien apenas sufría su madre y sus preceptores.

(26.) Cuando Neron se hallaba todavía bajo la direccion de sus dos preceptores, quizás demasiado alabados por la posteridad con relacion á su carácter y á su inteligencia, ya habia manifestado, dentro y fuera de su palacio, los instintos más groseros y la aficion más clara á los escesos de la canalla, volviendo á veces á su morada con recuerdos de los lances por él empeñados desgraciadamente. Ya en tiempo de Ciceron habían sido teatro de atropellos las calles de la ciudad: esta costumbre, nacida de las amenazas y las disensiones de los partidos que se disputaron hasta Augusto el predominio, continuó posteriormente, aunque relegada ya á los esclavos y á los ciudadanos más bajos y á los libertinos más desalmados ó locos. ¿Por qué Neron, que salia todas las noches con disfraz de esclavo (*veste servili*), y detrás del cual iban, para su defensa, gentes de su confianza, no habia de cometer la afrenta que recuerda Julia, si el autor necesitaba además este incidente para dar algun pretesto á la animadversion instintiva de esta muger contra su nuevo huésped, antes aun de saber que es el César á quien odia, tanto como le estima Faon por causa de agradecimiento? La situacion no tiene nada de violenta en la época á que se refiere; y sería natural, aunque fuese presentada en otra moderna ó contemporánea.

(27.) Casi todas las quintas de romanos opulentos tenian un baño para su servicio, dispuesto con todos los refinamientos y todas las dependencias que las conquistas de Oriente hicieron menester en Roma. El plano de la casa de campo de Arrio Diomédes, cerca de Pompeya, grabado y descrito por Rich en su Diccionario, puede dar idea clara del aposento destinado á Neron, ya por el odio de Julia, ya por ser el más apartado y donde menos pueda estorbar su desvarío. El aposento donde los siervos, que alimentaban el fuego, dormían ó preparaban el agua para el baño, se halla inmediato á la caldera y cerca de la estancia en que se procuraba el sudor. Todas

estas piezas debían hallarse en la parte más retirada y más cercana al jardin, esto es, hácia el peristilo.

(28.) Véase la nota anterior. He preferido usar la palabra castellana *estufa* á la latina *caldarium*, aunque no esprese bien la primera lo que la otra designa.

(29) La indignacion, que suscita en Julia la noticia de ser Esporo el adolescente que acogió en su seno, es enteramente propia de la muger engañada y de la muger culpable; que, cuanto es mas delincuente, más aborrece el delito ó lo tolera ménos. No sé si las expresiones serán demasiado fuertes; pero seguramente no alcanzan á las que usa Suetonio, en boca de un circunstante, cuando describe el enlace de Neron y el favorito y á las que usa Juvenal en sus dos primeras sátiras, sobre todo si se entiende, como lo explica Courtaud Divernéresse, el verso 78 de la Sátira primera.

(30) *Hunc Sporum, Augustarum ornamentis excultum, lecticaque vectum, et circa conventus mercatusque Greciæ, ac mox Romæ circa Sigillaria, comitatus est, identidem exosculans.* (Suetonio.—*Nero Claudius*. XXVIII.)

Del mismo modo, segun Herodiano, Antero entró en Roma en el carro triunfal en que iba Cómodo. Con más reserva y más decorosa dignidad, Adriano llevó á Antinóo en su compañía á Egipto.

(31) El dia que llegó á noticia de Neron la rebelion de Vindex, era aniversario de la muerte de su madre. ¿Por qué no referir esta circunstancia, en una accion dramática, al dia en que se vé obligado á huir y á fallecer el hijo?

(32) Pululaban en Roma los delatores; y si la posicion nacida de tales medios pudiera ser envidiable, no lo fuera tanto otra alguna en aquella época. De cuando en cuando, es verdad, se sacrificaba á alguno para desagravio y satisfaccion de las gentes; pero en general vivian con más holgura que nadie, temidos áun de los jueces.

No es Córax de tal altura, ni á ella llegaban los siervos. Él no intenta aquí ejercer una profesion odiosa, sino ejercitar un acto mísero de su carácter. Desde la primera escena ha concebido envidia del dichoso adolescente, luego animadversion al romano más opulento y feliz para saciar sus vicios.

Júntase á ello tal vez la esperanza de algun premio, de la libertad, ¿quién sabe? Por esto, delator de lesa magestad, denuncia el asilo de Neron; por esto, avisa del paradero de un esclavo fugitivo, á quien no puede ampararse. Sabido es el rigor con que se llevaba á efecto la ley *Julia* en aquellos casos; conoce el lector tambien lo frecuente que era entonces la fuga de los esclavos, su ocultacion en las tabernas y en las hosterías, y la responsabilidad impuesta á quienes daban asilo á los prófugos, aunque las costumbres, venciendo á la ley estricta, los amparaban á veces.

(33) Pensé en el primer momento que Esporo calificase á su dueño de *li-*

berto de Neron; pero como Julia debe adivinar desde luego el respeto de la víctima á su dueño, pues el instante funesto no vencia á la costumbre, creí que ofreciera menos motivos á la sospecha una respuesta que abarcase más, ya porque, á pesar de su rango, Neron debió de tener amigos, ya porque, en tal calificacion y á la par de los *ingénuos*, pueden entrar los *libertos*, tan poderosos con Claudio.

(34) La súbita agitacion que le obligó á huir de Roma, la tormenta que descarga en la campiña, los propios remordimientos daban ocasion bastante para que Neron creyese que las sombras le pedian cuenta de su conducta pasada, que se acercaban los hombres para el natural castigo. Que él tuvo á veces terror de su conciencia turbada, sino es seguro, es probable; y tanto así se creia, que se atribuia al miedo de la venganza divina el no haberse hecho iniciar el César en los misterios de Eléusis, durante su viaje á Grecia.

(35) De todos los escritores latinos ninguno describe con tanto acierto, ó tanta verosimilitud, la época de Neron, como el elegante Petronio. Si el *Satyricon* no procede de aquel tiempo, á pesar de que para mí no hay duda en contra de esta opinion, es al ménos fiel reflejo de la vida voluptuosa, de la sociedad descreida que vé su albor en Calígula y su fin en Vespasiano. No es esto que yo pretenda hallar en los personajes de la mutilada novela los retratos de Neron y de sus favoritos, ni que confunda este libro con el escrito que cita Tácito en el párrafo XIX del libro XVI de los Anales. Pero nada más natural que figurarse á Trimalcion y á Encolpo, á Ascylto, á Giton y á Eumolpo y á la misma Circe, copias mas ó ménos libres, de Tigelino y Faon, de Doriforo ó Pitágoras, de Esporo y de Séneca, de la celebre Popea, ejemplares solamente de tipos muy generales en aquella época en Roma.

La influencia de Neron y de su córte en la literatura latina, durante el gobierno de los Césares siguientes hasta el blando de Trajano, fué de tal naturaleza, que no es fácil distinguir la edad de los escritores que, en tan corto plazo, llegaron á conocerse, los unos de edad provecta, los otros de tiernos años. Ninguno entre ellos fué, sin embargo, de condicion tan simpática como el autor que he citado. La misma cortesanía con que pinta los excesos, el lenguaje tolerante y fácil en que los describe, la elevacion que toma de cuando en cuando, si la situacion lo exige, la severidad mezclada con la licencia, sin transicion ní contradiccion visibles, todo concurria en él para seducir lectores y para grabar hondamente en el ánimo la impresion de la perfeccion del vicio.

Por esto, (adoptando en la escena la version de Tácito) concedo que Neron quede sorprendido al hallar en la casa de Faon la sátira en contra suya, tanto más sensible al César, cuanto que la forma suave de imparcialidad ó alabanza le dá un carácter de verdad más duro.

(36) Agüeros por una parte, secreto impulso por otra, incitaban á Neron para adoptar la creencia de que perderia el imperio, pero no la vida. Así

es que, cuando le fué predicho que habria de abandonarlo para recobrarlo luego y cuando tuvo noticia de la rebelion de Vindex, pensó vivir como artista. Sus crímenes, sus bajezas no le parecian tales que el Senado pervertido y el pueblo seducido y halagado con su esplendor y sus vicios pudiesen nunca vengarse, castigándole por ello. Creía por otra parte (ó debió creer como los pródigos siempre) que jamás le faltaria el dinero necesario para su profusion y sus hábitos, ya que nunca se detuvo á calcular el valor que para otros tenía; y en los momentos fatales, en que las Gálias y España comenzaban á moverse, daba fáciles oidos á promesas fabulosas de tesoros enterrados en el África por Dido antes de edificar á Cartago.

Estos, ó los productos de su rapiña y de sus exacciones, que él juzgaba inagotables, dan aspecto verosímil á las esperanzas mostradas por Neron en esta escena.

(37) La preocupacion religiosa llevaba á los romanos, como quizás á nosotros mismos, hasta la creencia astrológica, áun en aquellas personas que no pasaban por superticiosas, ni siquiera por creer en la divinidad de los dioses. No es esta contradiccion rara; quizás más natural y frecuente de lo que parece. Quien halló fácil la senda del poder ó de la fama suele creer en sí própio ó en la suerte, si se mofa de los ritos, ó áun de la Providencia.

Creían los latinos ciegamente en el destino, en la proteccion de los génios, en las estrellas y en su conjuncion, como los astrólogos y nigrománticos de la edad média procedentes de los magos. Los caldeos cultivaron con afan la astronomía, la sometieron á reglas, calcularon los fenómenos, presagiaron los eclipses, quizás con ellos dieron á los suyos la victoria, vieron aparecer astros nuevos cuando moria por casualidad algun héroe; y ya desde entonces la antigüedad, adorando en tales sábios, les comprometió en imposturas. Conforme ellos comenzaron á esplotarlas, cundió la creencia en todos los ánimos, devotos ó descreidos; y fué base general de educacion instintiva, como la mòral, la ley y la preeminencia.

No ha terminado jamás, ni terminará por fortuna una opinion que, aunque absurda, dá resolucion al fuerte, esperanza al animoso, confianza al entendido, terror al malvado y freno al incontinente. Esporo, con más razon, víctima y favorito del César, orgulloso y afrentado con su situacion anómala, envidiada indudablemente y brillante, cuando vé que de Neron procede, debe tambien sospechar que con Neron concluya.

(38) Nada más perjudicial para un Príncipe que un preceptor como Séneca, más hábil para el sofisma que para ilustrar y dirigir el gobierno. A su lisonja y su destreza para escusar los errores y los estravíos, debió Neron, tanto la sumision de la multitud deslumbrada, cuanto su desenfreno arrogante. Quien mostraba tal donaire para burlarse de Claudio, objeto de la irrision de su hijastro, mal podía contener los escesos halagados por el aura popular y por sus propios escritos. El difunto Emperador pasa, por torpe y por grosero,

de moda: el nuevo, circundado de aparato y de pompa, no escusa nada brillante: los poetas y los oradores comienzan á lucir de nuevo en la sociedad romana; y Neron, educado con la pulcritud y el esmero de quien está destinado á ser favorito de una Córte en donde hay personas con mejor derecho que él para querer dominarla, les llama á su alrededor, como para dar la prueba de su cultura, su bondad y su talento. Agradecidos los unos y los otros, mientras no se cansa de ellos ó no se murmura del gobierno en Roma, vuelven la espalda á Neron y tratan de derribarle, en cuanto tiembla el coloso. ¿Qué no escusó ó no defendió Séneca, mientras lo dirigia ó parecía dirijirlo todo? ¿Qué no censuró despues, desde su retiro, cuando su opulencia, contraria á sus opiniones, hace la envidia del César?

Es circunstancia notable, providencial casualidad la que reune en los hombres lisonjeros las flaquezas del carácter y la filosofía y las doctrinas severas, como una compensacion semejante á la que hace cantar la paz y los campos en el estruendo y la agitacion de la guerra. Virgilio y Horacio nacen en tiempos calamitosos: Garcilaso es militar y perece en un asalto. En cambio Lucano y Séneca, Quevedo, Saavedra Fajardo y Rioja predican la austeridad y la grandeza antigua, y á quienes tal vez con sus impremeditados esfuerzos impulsan en su caida. Jamás fué el reinado de la elocuencia afectada y encarecida de todos un estado de grandeza: la accion, y no la palabra, es lo que constituye la fuerza: Demóstenes aumentó, sin poderla sofocar, la cólera de Alejandro.

(39) A no ser por la unanimidad de los historiadores, nunca fuera creible que Agripina abusase de su cercanía á Neron, como de ellos aparece. Pero si fábula hubiera sido, llegára á morir, como las imputaciones que, respecto del Delfin, hizo una época demente contra María Antonieta, como antes se habia dicho de Catalina de Médicis. Se vé la madre ambiciosa que quiere que reine el hijo, por lo mismo que no es de las estirpes antiguas de los Césares ó los Claudios; se vé la muger, humillada por su primera fortuna y la sombra de Tiberio, que anhela volver, para vengarse, á su rango; se vé despues la infeliz que, para prenderse el hijo, olvida que es ella el tronco que dió sustento á la rama; se vé la furiosa ménade que, perdido su poder, rompe los lazos más santos para recobrarle ó castigar, (quizás como Agavéa á Pentéo) al fruto de sus entrañas; se vé la instigadora del desenfreno del esposo con la pobre concubina, tornarse luego en arrimo de la escarnecida esposa; se vé finalmente el vientre, cuna y tentacion del hijo, ser acusado despues de cómplice en el delito de haber engendrado semejante fiera. Despues del *austero* Séneca, quizás no hay otra figura más repugnante en la historia, ni que debiese Neron recordar con más tristeza.

(40) ¿Quién no recuerda las alabanzas que envia Estacio al trívolo y pérfido Domiciano por haber dado una ley para impedir que del niño se hiciese, por refinado egoismo, un despreciable anciano? Al celebrar entusiasta la

hermosura de Earino, víctima de igual costumbre, ¡qué bien sabe intercalar, en la silva al favorito y entre el elogio del César, la pintura del estado que espera á la adolescencia! ¡Cuán dulces son estos versos de la Silva IV, del III Libro!

. . . . nunc frangere sexum,
Atque hominem mutare nefas; gavisaque solos
Quos genuit Natura videt; nec lege sinistra
Ferre timent famulæ natorum pondera matres.
Tu quoque, nunc juvenis, genitus si tardius esses,
Umbratusqne genas, et adultus fortior artus.

¡Cuán triste la situacion que, por Neron, tuvo Esporo! Casi parece escucharse la voz del adolescente, que esclama, como Cátulo en boca del joven Atys:

Quod enim genus figuræ est, ego non quod habuerim?
Ego puber, ego adolescens, ego ephebus, ego puer,
Ego gymnasii fui flos, ego eram decus olei.
Mihi januæ frequentes, mihi limina tepida,
Mihi floridis corollis redimita domus erat,
Linquendum ubi esset orto mihi sole cubiculum.
. . . .
. . . .
Jamjam dolet, quod egi, jamjamque pœnitet.

(41) La misma razon, que hubo en tiempo de Octavio para dictar la ley Pápia Popéa, siguió en la dominacion de los siguientes Césares, ya que á la descripcion, que hace Plauto de la vida de los célibes en su *Miles gloriosus*, versos 705 á 752, sucedieron la pintura, que Petronio ofrece al fin de su novela, y las invectivas de Juvenal y de Pérsio.

Debió, por consiguiente, cumplirse severamente en la época de Neron aquella ley protectora de la continuacion de la raza *ingénua* por medio de la familia.

Como Esporo ha nacido (á mi eleccion) en Corinto, hnbiera necesitado, para gozar del todo los privilegios concedidos á los propagadores de su descendencia, tener hasta cinco hijos; cuatro, á nacer en Italia; y tres, á ser natural de Roma: prueba de la menor proteccion que era necesaria á la moral y á la salud de la raza en el resto del Imperio.

(42) Prueba bien clara, á mi juicio, del terror, que causaba el barquero de Aqueronte, se encuentra en los mismos diálogos satíricos de Luciano, que algunos citan en contra. Cuando Quevedo escribia de diablos con tanto chiste, tal vez los temblaba el mismo ó, volviendo en su vejez á los miedos de la infancia, debiera un dia temblarlos. Quizás nunca se escribió de la Iglesia y sus ministros con tan grande ligereza como en los últimos siglos; y el refran al mismo tiempo prescribia la reserva en cuanto tocar debia á un tribunal

eclesiástico. Hasta las últimas épocas del paganismo vencido, ya oculto quizás ante el cristianismo, el óbolo siguió al muerto en la fosa ó el sepulcro. Neron no se libertaba de la creencia vulgar; y que era superticioso, ó lo era su pueblo al menos, se observa en aquel preságio, considerado funesto, de haberle ofrecido Esporo, poco antes de la catástrofe, un anillo, en cuya piedra estaba grabado el rapto de la infernal Proserpina.

(43) No es necesario acudir á los historiadores de la época de los Césares para encontrar la corrupcion triunfante. Los poetas y los filósofos, los mismos libros didácticos dan pruebas de aquellos vicios. No solamente Salústio, en época ya más cercana, se quejaba del estado en que se encontraba Roma cuando fué por Catilina agitada; en épocas anteriores tambien se ven los escesos. Ventaja alguna llevaban Corinto, Atenas y Tiro á Síbaris y Tarento, á la Sicilia y la Etruria. Si Grécia dió la cultura algun tanto afeminada, á Italia le cupo en suerte llevarla al refinamiento. Si Platon y Jenofonte habian ya disertado quizás peligrosamente, jamás se les ocurriera la invencion que, de Hoscio Cuadra, refiere indignado Séneca.

Cuando este ejemplo venia en libros que se escribian con un pretesto de ciencia, haciendo alarde de sábios, cuando otras veces servían de símil á los poetas, debe contarse que el vicio estaba encarnado en Roma.

Sociedad conquistadora, que trajo á un solo lugar las riquezas de la tierra, los usos del universo, el lujo más estremado, llevó consigo por tanto, como ahora mismo sucede, deseos que contentar y ambiciones gigantescas. Asi es que, cuando las armas comenzaron á dar tréguas y pudo alegrarse el mundo, nació la intriga lasciva, para ganar á su vez lo que el botin no rendía. Cuantos, en diverso tiempo, compusieran los ejércitos, ó siguieran sus campañas, trocaron su actividad por el circo ó el teatro, el lupanar ó el baño. No es la sociedad del dia, ni lo fuera en la edad média, mejor que fué la de Roma; pero esta ciudad entonces, dejando su probidad al Imperio, juntaba todas las mañas que hoy comparten cien ciudades.

(44) No es necesario recurrir á la mitología en busca de ejemplos de los horrendos castigos impuestos por delitos ó pecados, á veces de los ascendientes, como en la religion que profesamos sucede; ni se hace menester tampoco acudir á ella por héroes que, á fuerza de sus servicios y méritos esplendentes, gocen de igual situacion que la otorgada por esta á los mártires y santos. Rápido exámen de la historia de la poesía basta para hallar esta creencia universal y profunda. En esta parte Virgilio es digno guía de Dante. Si algun lazo puede haber íntimo para dos épocas, y dos escuelas quizás, ninguno, á mi parecer, mejor que aquel florentino atrabiliario y rebelde. Los suplicios, que padecen las víctimas en su infierno, no sé si serán católicos, pero tienen un profundo, marcado carácter clásico, ó por lo menos antiguo.

En vano es que de cuando en cuando asomen las potestades diabólicas; aquel lugar es sereno; y los tormentos, horribles por la calma y el órden y

la precision con que se aplican y se suceden, tienen el carácter de eternidad grandeza de los de Ixion, las Danaides, Sísifo, Tántalo y Midas.

(45) ¿Por qué no ha de ser Esporo tan prudente ó tan truhan, tan discreto, por lo ménos, como el amigo de Encolpo? Ya, cuando se vé obligado Giton á seguir tras la chiquilla Paniquis, ya cuando esplica su aparente ingratitud y su fuga con Ascylto, ya, sobre todo, cuando apacigua al rimador anciano con palabras de dulzura, el adolescente es tipo estremadamente amable. Así como en el párrafo XCI del Satyricon el héroe echa los brazos al cuello de la gentil criatura, así como Eumolpo clama al comenzar el XCIV: «*O felicem... matrem tuam, quæ te talem peperit! Macte virtute esto! Raram facit misturam cum sapientia forma,*» pude poner á Neron en tan envidiable caso. Conservar algun afecto, tener un impulso de espansion siquiera, ennoblece su carácter, así como le honra á Esporo aparecer compasivo. Si alguien, no obstante, me acusa de ser sobrado benévolo, responderé con Estacio:

Hinc me forma rapit, rapit inde modestia præcox,
Et pudor, et tenero probitas maturior ævo.

(46) Una prueba de que no es posible sojuzgar las costumbres, ni intentar conducirlas por un sendero marcado, se halla en lo ocurrido en Roma respecto de los cultos extranjeros. Cuando, al fundarse la agresiva república, Rómulo le hizo mirar con disgusto las prácticas supersticiosas de Etruria; cuando Numa Pompilio fundaba en la revelacion y en la sabiduría las condiciones de austeridad, que dieron su impulso de militar preponderancia y de civil grandeza à la Ciudad Cesárea; no contaban que algun dia viniesen dioses estraños á albergarse con los suyos en los mismos templos, ni que perdiesen los últimos, si no en el aprecio, en el respeto de sus descendientes. Como de la *Vénus armada* y de la *Vénus uránia* nacieron la *pandemos*, popular en Grécia, y la creada en Sicilia, así tambien Acca ó Flora descendió hasta cortesana. Siguiendo el mismo camino, cedieron su puesto en parte las deidades primitivas á las deidades helénicas; los sirios dieron las suyas; llegó su turno al Egipto; y ya Serápis y Osiris, mezclados con Jove y Hércules, Isis enfrente de Juno, seducen á los romanos.

En vano fué que el Senado coartase las Lupercales; en vano fué que intentase suprimir las Bacanales: no alcanzaron más éxito los Emperadores en tentativas análogas. Tiberio, prohibiendo el culto de las deidades de Fenícia y de Egipto; Vespasiano y Tito, castigando á los judíos; Diocleciano, en el empeño de extirpar la fé de Cristo; lograron únicamente hacer víctimas parciales. Quizás en el mismo alcázar se censuraban sus actos: tal vez los halló severos la opinion del pueblo. No fueron revocadas, antes bien se repitieron semejantes órdenes; y los cultos extranjeros se celebraban, no obstante, á presencia ó á sabiendas de los Césares. Basta abrir cualquier poeta, las sátiras de Juvenal sobre todo, para penetrarse, á pesar de la exageracion visible,

de la influencia creciente y de los graves escesos del culto rendido á Isis.

(47) En el deseo de que los nombres de los personages fuesen, en cuanto pudiese ser, de la época, en que figura la escena; y recordando que, segun Suetonio, fué gran valido de Galba en su dominacion efímera el prefecto del Pretorio Cornelio Laco, fijé en él, aun asesor (*ex assessore præfectus pretorii*), la eleccion de Córax para delatar á Neron, ya que parece fué insufrible su arrogancia en aquellos dias y que otro favorito del futuro César (*Icelus*), otorgó el permiso para las decorosas exequias hechas al hijo de Domicio y de Agripina por su concubina Actéa. Sabido es que, segun Tácito, la influencia de Laco trajo la adopcion de Pison, y con ella á Galba la enemistad y el atentado de Oton, que á todos costó la vida.

(48) Era el suplicio decretado contra Neron más infamante aun que cruel; y eso que el alma debia, abandonando un cadáver, salir á fuerza de golpes. De un grabado que trae Rich en su Diccionario, al tratar de la palabra *furca*, y de la descripcion de Suetonio, dedúcese que se ligaba al reo por los brazos á unos palos que, unidos sobre su cuello, á manera de tenaza, le impedian resistirse, mientras su cuerpo desnudo llegaba á ser una llaga y sucumbia al azote. Este castigo, aplicado con frecuencia á los esclavos culpables de atroces crímenes, fué en un tiempo destinado á los reos de atentados de traicion ó rebeldía, hasta que, ya las costumbres, ya el miedo á la misma suerte, cambió en las relegaciones ó en las muertes voluntarias la suerte de las personas odiadas ó peligrosas.

(49) Desde el instante, en que tiene noticia de su sentencia, comienza para Neron la lucha tan bien descrita en su *Vida* por Suetonio; y los afectos del alma humillan de cuando en cuando los instintos de bajeza que siente el gastado cuerpo. ¿Habré tal vez conseguido que se hallen bien en mis versos las frases características de aquellos pasajes célebres del biógrafo latino? Ojalá que así suceda; y en este y en otro caso, procure el lector buscar la fuente de donde cópio, pues se alegrará de verla, y yo, en haberla indicado, lograré quizás tener con él algun mérito.

(50) Acerca de este episodio, uno de los más hermosos del libro último de los Anales de Tácito, véanse los párrafos X y XI de que está tomado, habiéndole unido el sublime discurso de Servilia, la hija de Sorano, segun se encuentra en el párrafo XXXI. La ocasion era seductora; y es tan enérgico el texto, que casi está traducido literalmente en mis versos.

(51) No fueron los jueces, si no el mismo Neron, quien dejó á arbitrio de Lúcio Veto la eleccion de su suplicio. Como dice Tácito: *ea cædibus peractis ludibria adjiciebantur*.

(52) *Noctem sideribus illustrem et placido mari quietam quasi convincendum ad scelus dii præbuere.* (Tácito.—*Annales*. Libro XIV, párrafo V.)

(53) La educacion, más de aparato que sólida, dada al príncipe por Séneca, quizás con el solo objeto de fascinarle y de apartar su imaginacion de

cuidado del gobierno, dió con el tiempo sus frutos. Neron, que se vió aplaudido, primero de sus maestros, á quienes el asombro de su precocidad ó la influencia de su poder se lo aconsejaba, despues de los artistas y los aficionados, que esperaban ó temian, se decidió, finalmente, á reinar en el teatro como reinaba en el mundo, á la vez que se atrevia á dirigir los carros en el anchuroso circo, ya que sus fuerzas sin duda no le otorgaban con tanta facicilidad ó tan dorado pretesto la palma en los ejercicios del gimnasio y del anfiteatro. Una vez prostituido á los ojos de aquel pueblo, que él obligaba á aplaudirle, debió comenzar fácil y rápidamente el descrédito del César; pero él, halagado con la aprobacion sincera ó mentida, que á veces y para muchos debió de ser la primera, se consolaba, de su reputacion y su potestad decadentes, con la fama del artista. Era esta en el teatro entonces patrimonio únicamente de gentes envilecidas; y sin embargo, le agradaba compartir la infamia. Tan cierto es que siempre es deseado ardorosamente lo que no se tiene; y que el primer instinto de las clases altas (si no se encierran en el amor y la admiracion de sí mismas) es descender á las bajas y humilladas, nunca á las de mediana fortuna y opinion honesta: impulso tal vez análogo al que lleva al voluptuoso á llorar y á macerarse.

(54) Suetonio.—*Nero Claudius*, XLVI.

(55) Suetonio no dice si Esporo acompañó, ó no, el cadáver de su dueño; pero sí que Neron le escitaba á llorar y á lamentarse. En cuanto á Actéa, el historiador la presenta modelo de concubinas, sepultando al César en el panteon de sus antepasados paternos.

Es tan natural, sin embargo, que á la imaginacion de Neron se presente la risueña y agradable idea de que el gentil favorito le acompañe hasta la tumba y que, entre las personas ausentes, se le presente, como crisol de lealtad, Actéa; es tan hermoso el grupo que él y el lector pueden figurarse de aquellas dos bellísimas figuras llorando por su opresor y su amante, que la aproximacion de entramLas era tentadora y fácil.

Los funerales de Neron, si no fueron suntuosos, fueron al ménos decorosos y como á la nobleza y al bienestar de su raza paterna convenia. Para su sepulcro se emplearon el pórfido y los mármoles de Thásos y de Luna, correspondiente el último al que ahora llamamos de Carrara. Por mucho tiempo despues las flores de primavera y de estío, ofrendas de partidarios y de admiradores, adornaron el sepulcro.

(56) Recibian este nombre los gladiadores apellidados, por su orígen, trácios; derivándolo de la daga ó del puñal encorvado *sica* con que se batian. Esta es la profesion, que dice haber ejercido Córax, no la de salteador ó bandido, que tenia el mismo nombre, ni la de hombre desalmado al servicio de tiranos, que en castellano se expresa con igual palabra.

(57) *Tribunos centurionesque prætori de fugæ societate tentavit. Sed*

partim tergiversantibus, partim aperte detrectantibus, uno vero etiam proclamante:

Usque adeone mori miserum est?

varia agitavit. (Suetonio.—*Nero Claudius* XLVII.)

He creido que Neron ganaria en proferir aquella esclamacion, juntando á la vez cierta filosofía semi-epicúrea, semi-estóica, entonces de moda en Roma, á su propia cobardía.

(58) *Jamque equites appropinquabant, quibus præceptum erat, ut vivum attraherent. Quod ut sensit... ferrum jugulo adegit.* (Suetonio.—*Nero Claudius* XLIX.)

Esta vez, sin embargo, convenia á mi propósito que los ginetes viniesen á devolver al César el Imperio, como me convenia tambien que Córax reemplazase á Epafrodito para dar el golpe.

(59) *Identidem dictitans: «Qualis artifex pereo!»* (Suetonio.—*Nero Claudius*. XLIX.)

(60) *Semianimisque adhuc irrumpenti centurioni, et pænula ad vulnus apposita, in auxilium se venisse simulanti, non aliud respondit, quam «Sero» et «Hæc est fides.»* (Suetonio.—*Nero Claudius* XLIX.)

Como el teatro no tolera cosa alguna artificiosa ó inexplicable, como tal impulso honra á Faon, y como este favorito viene á devolver al César el imperio, debia ser quien le socorriese en aquel momento y escuchase entrambas frases.

AMOR PREGONA SU PODERÍO.

De mares, bosques y rios,
Ninfas, náyades hermosas,
Mortales niños y niñas,
Oid lo que Amor pregona.
Nuevo Dios, hoy he nacido
De Chipre en la dulce costa,
En donde Vénus, mi madre,
Difunde halagüeño aroma.
El fuego, divina esencia,
Que crea, inflama y sofoca
Los gérmenes de la vida,
En mí condensado mora.
Aquel, que falte á las leyes
Que escuchareis de mi boca,
En vez del ardor que anima,
Llama sentirá furiosa;
Y al que siga el blando impulso
De mi mano vencedora,
Hermoso torso de mármol
Daré, dó la sangre corra.
Al suave roce del beso,
Haré palpitar gozosa
La piel, gozósos los labios
Que en ella ardientes se posan.
Para quereros, mortales,
Nacísteis perfectas obras;
Y un Dios, por quereros mucho,
Celestes iras arrostra.
El limpio azul de los cielos
En vuestros ojos se cópia;
El rayo claro del dia
Vuestra mejilla colora;
En el cabello flotante
Juegan la luz y la sombra;
Y marfil, mármol y leche
Los miembros acordes forman.
Tanta armónica belleza
En ellos Jove coloca,
Porque, al cumplir su destino,
Lo ignore el alma afanosa.
Necesidad es del mundo
La que ejecutar os toca:
Porque espontánea parezca,

Está cubierta de rosas.
Grato y constante cariño
Para el que en ello se goza,
Diversos, vivos placeres
Á quien la dicha le enoja,
Gemidos, que lleve el aura,
Con ellos más melodiosa,
Palpitaciones, que al pecho,
Con doble vida, le ahogan,
Dolores, que el gusto calma,
Tristezas, que el gusto borran,
Consuelo en los hijos luego
Tendrá quien me reconozca.
Señor del cielo y la tierra,
Ante quien todo se postra,
Castigo á quien se me aparta
Y premio á los que me adoran.
Los que en deleite lascivo
Pasan con tédio las horas
Y, conocerme creyendo,
Mi puro nombre sonrojan,
Han de sentir, para prueba
De esa inclinacion que enlodan,
Un casto fuego ignorado
Ó recibido con mofa.
Los que, entre luchas y triunfos,
Se mecen con vanagloria,
Han de gemir, suplicando
Al que á su yugo los doma.
Aquellos que entre la ciencia
Consumen las largas horas,
De mi poder maldicientes,
Adorarán mi persona:
Sábios, poetas, artistas,
Ciegos al mirar mi gloria,
De Jacinto y Ganimedes
Crearán la graciosa forma.

Julio de 1858.